

Esta edición PDF del **Papel Literario** se produce con el apoyo de



Conversaciones memorables

Edición Aniversario, 2/2

FUNDADO EN 1943
Papel Literario 80 AÑOS
DOMINGO 13 DE AGOSTO DE 2023

•Dirección Nelson Rivera •Producción PDF Luis Mancipe León •Diseño y diagramación Víctor Hugo Rodríguez •Correo e. riveranelsonrivera@gmail.com/https://www.elnacional.com/papel-literario/ •Twitter @papelliterario

DOSSIER >> 80 AÑOS DEL PAPEL LITERARIO

Tanteos sobre la conversación

NELSON RIVERA

A Elisa Lerner, maestra de la conversación

Toda conversación aspira a la reciprocidad. Conversan los afines, los que comparten una intuición, un horizonte, alguna coincidencia. Conversan los que han sido tocados por el mutuo e inexplicable llamado de la empatía.

**

En la conversación subyace una voluntad contraria al uso de la fuerza. Se conversa para ceder el paso. Para apaciguar el ego. Sobre todo, se conversa para ejercitar la refinada herramienta del silencio. El silencio del que escucha. Del que guarda una esperanza.

**

En efecto, un modelo de sociabilidad, como afirman los historiadores: reconocimiento de las formas, aceptación de la cortesía, apego a los códigos que arbitran la comunicación. Conversar, en el mundo moderno, es el requisito con el que se ingresa a la esfera del movimiento humano.

**

Toda conversación remite a otros tiempos. Incluso las recién iniciadas. En ellas late el pasado. La biografía de los que conversan.

**

En la conversación hay una apetencia, que no se limita al deseo de huir de la soledad. Es más que eso, necesidad de lo humano en común. Apetito de empatía. Sentirse entre propios.

**

La conversación es insaciable. Siempre quiere más.

**

Sustantiva: la conversación que nos hace cambiar de opinión. Que agrega complejidad a los hechos. Que nos aleja de la sensación de que todo es obvio.

**

Reino de lo adaptable y lo diverso: en la conversación caben todos los géneros: relatos, máximas, retratos, anécdotas, diálogos, refranes, canciones, versos apurados.

**

Un silencio que habla. Un silencio que mira a los ojos.

**

La conversación no solo es ámbito de las palabras, también del cuerpo, la gestualidad, las manos, el rostro, los hombros. La posibilidad de hacerse presente.

**

La curiosidad: ese combustible de alto octanaje que pone las conversaciones en movimiento.

**

Improvisación, réplica, adhesión, guiño. Engranajes de los que conversan.

**

Ironizar sin sacar del juego. Debatir pero sin romper el círculo. Sin menoscabar. Sin provocar una incomodidad irresoluble. Sin provocar una sensación de inferioridad. Hacer posible el brillo. El brillo de los otros.

**

La conversación es una mayéutica. Las preguntas que nos hacen nos obligan a pensarnos. Descubrirnos a nosotros mismos. Por búsqueda propia. Por analogía.

**

La conversación es el campo necesario de los lugares comunes. Sin ellos no es posible la conversación. En la conversación, el lugar común extrema sus recursos. Salva o hunde la conversación.

**

Fumaroli: “La filosofía de la conversación es pues inseparable de una filosofía de los lugares comunes”

**

Viejas conversaciones. Pequeñas glorias de nuestra intimidad.

**

Citada por Craveri: Madame de Sévigné en una carta a Bussy-Rabutin: “Sabéis bien, señor conde, que antes teníamos el don de entendernos antes de empezar a hablar. Cada uno de los dos respondía perfectamente a lo que el otro tenía ganas de decir; y si no hubiésemos querido concedernos el placer de pronunciar con cierta facilidad palabras, nuestro recíproco entendimiento hubiese hecho casi las veces de conversación”.

**

Incluso en el caos, la conversación protege sus lógicas invisibles. Nexos silenciosos, casi volátiles, que unen a unos y a otros. Como la vida: no hay concatenación perfecta.

**

Juego, debate, tensiones, pactos, seducción. La gama del mundo se posa en una conversación. Menudeo inevitable del vivir.

**

La nostalgia de ciertas conversaciones se parece a la nostalgia del propio país. En los exiliados, las conversaciones que fueron interrumpidas, el mayor de los dolores.

**

Autónoma y privada: dos principios de la conversación.

**

En la conversación privada, la política se perfecciona. La pequeña esfera es el lugar de pensar las grandes dimensiones.

**

Las conversaciones prolongadas crean su propio sistema de signos. Su lengua. Sus hitos biográficos. Incluso, un mínimo cuerpo de leyes no escritas.

**

La conversación tiene su Dios casero. Instancia mayor, suerte de espíritu rector que convoca y une. Ese espíritu es el que responde a la pregunta del porqué de cada conversación. Ese espíritu es el que activa el magnetismo.

**

La conversación registra el curso indetenible de las cosas. La mundanidad avisa: nada sigue como ayer. Los acontecimientos se suceden sin pausas. Conversar es disponerse al trajinar del mundo.

**

Conversar singulariza. Hace nítida a las personas. Las precauciones, los prejuicios, los escrúpulos se contraen tras cada conversación. La conversación despeja. Muestra lo que resulta menos evidente.

**

A la conversación se llega con una biografía: puede ser apenas un boceto o más que eso. Cada quien ofrece noticias, piezas del anecdotario, recuentos, frases que, con fortuna, podrían



ELISA LERNER / ©VASCO SZINETAR

perdurar en el tiempo. Una conversación es un encuentro de narradores. A la conversación se asiste para narrar.

**

Incluso el silencio narra. A veces grita.

**

Hacer justicia al ausente es el desafío moral de la conversación.

**

Cada conversación crea su específica realidad. Conversar es adaptarse. Solo el necio se mantiene imperturbable. Solo el necio se ufana de ser siempre el mismo.

**

Al finalizar una conversación, algo ha cambiado. Algo hemos dejado. Algo hemos recibido. Nuestra carga interior ha cambiado su distribución. La conversación transforma. Sin doblegar.

**

Compenetra. Hace sólidas las ataduras. O nos conduce a la ruptura.

**

Entre sus rituales: la claridad, la medida, la observación discreta.

**

Entre sus riquezas, esta: la de las conversaciones que se renuevan a lo largo de los años. Envejecer en el espacio de una vieja conversación: privilegio que nos conceden los dioses.

**

Quizá la conversación más entrañable es aquella que finaliza sin ningún resultado. Que deja a la partes en la expectativa de lo que vendrá. De lo próximo. Quizá la plenitud poética de la conversación aparece con lo inconcluso.

**

Se pueden reproducir las palabras, pero no el espíritu que sobrevuela las buenas conversaciones. Hay una atmósfera que se desvanece al finalizar la conversación.

**

Toda conversación guarda un secreto. Una regla inviolable. El amor propio del otro. Es lo intocable.

**

Unas mesas más allá, unas risas han estallado en el círculo de una conversación. Esas risas no solo competen a sus protagonistas. También a nosotros: repiten que la vida sigue con sus bríos.

**

Hay conversadores arquetípicos. Seres dotados para el intercambio.

**

Con la Ilustración, la conversación adquirió los ribetes de nuestro tiempo: razonabilidad, intercambio de ideas, diálogo entre semejantes, cruce de información. Cierta ritmo. Esa extraña sucesión de vértigos y pausas.

**

Las conversaciones completan. Nos complementan.

**

No se abandonan. Las conversaciones hacen una pausa, hasta la próxima sesión.

**

Decía Montaigne: mejor condenarse que ensalzarse. Más creíble. “Si divulgo y denuncio mis imperfecciones, habrá quien aprenda a temerlas. Las cualidades que más estimo en mí adquieren más honor denunciándome que ensalzándome”.

**

La frialdad encabeza la lista de los enemigos de la conversación. También la premeditación. La auto sublimación. El elogio desmedido. La impostura. El que no reconoce virtud en nadie.

**

El humor cohesionaba la conversación. Sin embargo, el humor es material de alto riesgo: a partir de cierto límite actúa como disolvente. Puede incluso hacer irrespirable el ambiente.

**

La broma ha de cumplir un requisito: hacer reír al sujeto de la burla.

**

Fumaroli recuerda que Rousseau odiaba la conversación. Decía: asunto de hombres que han perdido su naturaleza. Encubre la esterilidad y el sofisma. Muestra la doble naturaleza de lo humano. Mientras conversa es uno, cuando no conversa es otro.

80 AÑOS >> CONVERSACIONES MEMORABLES



Julio Túpac Cabello

Un niño triste y condenado

Esa tarde la habíamos pasado en medio de su biblioteca, que además de numerosísimos estantes, tenía en el centro del espacio una suerte de laberinto cuyas paredes eran torres de libros.

La democracia estaba por terminarse y muchos lo temíamos. Él lo había anunciado bastante antes, aunque paradójicamente también era señalado por catalizar la desgracia.

La conversación estaba por terminarse, pronto nos iríamos de su adusta, clásica y tradicional casa de Alta Florida, donde vivía gente acomodada de la Caracas de otros tiempos, con una finura modesta.

Recuerdo claramente el olor. Me llamaba la atención. Uslar Pietri, con su viudez y sus 92 años, olía a una vejez que se parecía al olor de los niños. No sé si era alguna crema, o un inevitable parecido que conecta a una etapa y otra de la vida.

Y entonces me atreví a preguntarle, fuera de todo temario previsto, qué se sentía haber llegado a esa edad y tener la historia de todo un siglo del país en sus memorias, en su diario analizar, en su información procesada.

Su respuesta no pudo sorprenderme más. Después de un silencio, Uslar me contó sonreído y con cierta picardía que, en primer lugar, a su edad las letras eran muy pequeñas, por lo que usaba un sistema grande de lentes/lupas, con los que se le hacía posible seguir leyendo, porque ya la vista no le alcanzaba para la tipografía regular de los libros. Entonces procedió a enseñarme su artefacto.

Y luego, luego su mirada se perdió en el techo. “Creo que es muy difícil la soledad”, completó.

Se me hacía imposible que Uslar se sintiera solo. Vivía de compromiso en compromiso, entrevistado, consultado, celebrado, criticado. A pesar de su edad, era un hombre lúcido y vibrante, independientemente de los acuerdos o desacuerdos con sus ideas y acciones.

Entonces él mismo se explicó sin que se le preguntara. “No tengo con quien comentar gran parte de mis recuerdos más importantes cuando era niño o jovencito. Casi todos mis amigos, los que podrían recordar conmigo aquellos años, se han muerto (...). Mis recuerdos de la infancia solo existen en mí”.

Y entonces, al darse cuenta de lo que decía, y sintiéndose inesperadamente indefenso ante su propia idea, sus ojos se aguaron. Y quienes estábamos presentes nos figuramos aquella silenciosa tragedia que no habíamos previsto, quizás, tan de cerca. Y que habría sido difícil de imaginar en semejante personaje.

Aquella gran figura del continente, resuelto, solvente y orgulloso, con una obra escrita y un legado oral que lo respaldaban como a pocos seres humanos, tenía su gran vulnerabilidad en la soledad de sus recuerdos, en la incapacidad que tenía su memoria para dialogar con la de otros congéneres. Aquel niño que en su imaginario recreaba otros tiempos, no podía juntarse con nadie de su época.

Era, aquel, un niño triste, sin duda. Viviendo en el cuerpo de un nonagenario reconocido. Pero un niño desconocido. Apresado y condenado por vivir tanto tiempo.



Karl Krispin

Elogio de la conversación

En su prólogo al entrañable libro de memorias de Eduardo Michelena, *Vida caraqueña*, Arturo Uslar Pietri deja caer una máxima estelar: “En aquella Caracas el que no conversaba era tenido por sospechoso”. Conversar era de rigor y se convertía en una distendida forma de comunicación con la sana holganza del tiempo. Traigo la impactante frase de Stefan Zweig respecto al poeta Rainer Maria Rilke: “Tras una larga conversación con él, uno era incapaz de cualquier vulgaridad durante horas e incluso días”. Las grandes conversaciones tienen eso de sanadoras y enaltecidas, porque después ya nunca se es el mismo, y un cambio vertiginoso se pone en marcha. La amistad antepone la conversación. Si no hay conversación no hay amistad. Es como el punto mínimo de entendimiento. En algún momento de mi vida me hice amigo de algunos ancianos venerables a quienes visitaba con el solo propósito de conversar: Arturo Uslar Pietri, Isaac Pardo y Tulio Chiossone. Parte de la comprensión de la historia de Venezuela la fijé en esas tardes a las que regreso con nostalgia en mi memoria. El mundo contemporáneo boicotea la conversación con la obsesión de los móviles y el onanismo del autorretrato. Los sospechosos habituales calumnian con que nadie tiene tiempo cuando nuestros horarios jamás han tenido tanto desahogo. Amenazan a la conversación la locución uniforme de las agendas identitarias y la tiránica corrección política porque para conversar se requiere libertad, respeto y nunca censura. Uno de los anatemas de mi época de juventud era decir que alguien no tenía conversación. Nada mejor que una conversación inteligente y amena, y de allí sabremos qué tipo de arte se alcanza, para lo cual se requiere ingenio, tema, interés, y no estar pendiente de que a qué hora hay que tomarse el selfi.



ARTURO USLAR PIETRI / ©VASCO SZINETAR



RAINIER MARIA RILKE / ARCHIVO EL NACIONAL



Katherine Chacón

De las mil formas de decir “te quiero”

—Tenemos tantos años conversando, que no veo por qué debemos terminar así, tan abruptamente, esta relación.

—Es por el sueño que me has contado. Está claro que ya no necesitamos seguir viéndonos.

—¿Solo por un sueño?! No, no me parece. Bueno..., quizás tengas razón..., pero... ¿no hubo ningún indicio previo, algo de mi vida en vigilia, que sustentara esto? No sé... un sueño es algo tan irreal...

—No, no hubo ningún asomo determinante. Pero, si te pones a ver, buena parte de nuestro vínculo se ha construido a través del relato de tus sueños.

—Es verdad. Y eso ha hecho tan entrañables nuestras conversaciones... Hablar de los sueños es como hablar de arte, hilar asuntos esquivos, inmateriales, con la certeza de que la interioridad es una realidad, si no tangible, igual o más viva y potente que esta.

A lo largo de estos años han sido muchos los sueños que te he contado; en cierta forma me he desnudado frente a ti. Tener una escucha como la tuya, atenta y sabia, ha sido un privilegio, aunque te confieso que me hubiera gustado conocer tan solo uno de los tuyos. A estas alturas ya no me quejo, pero el desbalance de esta relación ha sido, por momentos, algo frustrante.

—Así se plantearon las cosas desde el principio.

—Es así. Pero esto es un adiós y ciertas cosas deben ser dichas. Tú y yo somos un hombre y una mujer que han conversado a solas e íntimamente por años. Nunca me enamoré de ti, pero en mis sueños tú has dado imagen a un amor perfecto y total que solo en ese plano he sido capaz de sentir.

—Querida K... ¿sabes que también tú has aparecido así en los míos?...

Que sea buena tu vida.



Katyna Henríquez Consalvi

Su virtud es callar

Nos encontramos en un café de la ciudad. Yo algo nerviosa quería celebrar la gran noticia. El poeta entra acompañado con paso lento y cansado. Viene de camisa, chaleco y pantalón marrón y como es habitual en él, con su legendario maletín de cuero cargado al hombro. Me saluda con mirada cómplice y se sienta a mi lado. Callado porque su virtud es callar. Pide una copa de vino tinto y yo me dedico a observar mientras el resto de convidados lo celebran. Él asiente tímido pero atento y con mirada penetrante; desliza su mano por el cabello, se mira las manos. Callado pues lo sabemos hecho de silencios. Mientras lo observo pienso cómo su palabra cruza mares y despierta volcanes. Cómo de ella germinan flores antiguas en desiertos de nieve. Busco el momento y las palabras para felicitarlo, pero prefiero levantar mi copa y brindar con un gesto cómplice. Al fin me ánimo y le digo que estamos felices, que su premio es el premio de todos y que gracias a él todos somos Cervantes. El poeta me sonríe como solo sonríen los poetas y toma otro sorbo de vino. Entonces carraspea, siempre carraspea antes de hablar desde su garganta suave pero tempestuosa. Se acerca a mi oído y me dice. “Yo que nunca he sabido quien soy ahora lo sé menos”. Toma otro sorbo, lo degusta y yo le contesto que lo entiendo pero le cuesta escuchar y prefiero dejarlo en el mar de sus pensamientos. De nuevo se acerca y me cuenta inquieto lo que un joven lector le había dicho esa mañana: “Poeta, usted es infinito”, e imaginas K, me dice, “yo que no tengo biografía, que vivo desde el asombro, no alcancé a decirle: Joven, el infinito es usted”. E inclinó su cabeza con la humildad de un sabio.



Leonardo Rivas Lobo

Tríada de respuestas para sortear el desaliento

Siempre me ha gustado conversar. Disfruto la calma de estar junto a uno o varios amigos y escucharlos relatar una anécdota divertida o contemplar cómo dejan una reflexión —o preguntada— sobre la mesa como otro aperitivo para el disfrute de todos.

Recuerdo una conversación que tuve con dos grandes amigos, hablo de Rosbelis Rodríguez y de José Javier Malaguera. Estábamos reunidos en la residencia y al avanzar la noche surgió la pregunta: ¿cómo trabajar y escribir sin sentirse agotado? José fue quien encauzó la conversación hacia ese derrotero. Él se preguntaba:

—¿Será que escribe mejor quien no tiene que matarse trabajando en tareas ajenas a la literatura?

Rosbelis respondió:

—La escritura comienza en la cabeza, lo demás es circunstancial. Por ejemplo, cierta persona que vive en Europa no es la lumbrera de la literatura venezolana de este siglo... Tiene los recursos, el tiempo y la formación para generar una obra, pero no es así. El “genio” se tiene o no se tiene, lo demás es añadidura.

Yo callaba y pensaba que Rosbelis había sido aguda, las buenas preguntas se descosen así. Después, dije:

—Concuerdo con Rosbelis. Los medios dan sosiego, conexiones y formación, pero no mucho más. Sin “genio”, todo eso es un castillo en el aire. Hay excepciones también, algunos cuentan con recursos y “genio”, son escasos ellos...

No recuerdo mucho más...

Aprovecho para disculparme con Rosbelis y José, si he tergiversado algo de lo que dijeron esa noche.

Esa conversación es importante para mí porque me ayuda a confrontar una inquietud que nunca me abandona: ¿por qué escribir sobre/fuera de/desde/en este país que incendió mi porvenir? Por eso creo que estas palabras son memorables, tal vez funcionen como un imán que atraiga mejores respuestas o reflexiones sobre lo que significa la escritura de ficción o poesía para los que hacen de todo, menos dedicarse a solo escribir literatura sin (pre)ocupaciones



Leonardo Rodríguez

Risas caraqueñas

Fingía dormir y escuchaba la conversación caraqueña de los mayores. Llegábamos de Cumaná en la madrugada; los mayores eran mi tío Alberto y mi tía Alicia, otros parientes de paso o de visita, desde muy temprano en diligencias varias. Caracas era el lugar del papeleo y de los médicos y del metro y de las calles que daban a otras calles sin fin. Nosotros de repente éramos embajadores honorarios por decisión propia: de Cumaná se llegaba con regalos, sobre todo comestibles. Estos regalos cumaneses rewertían en la fábula misma de nuestra ciudad oriental, como un gesto de honor. Mi tío Alberto era cumanés, capitán jubilado de la marina mercante, sus tirantes invariables una reminiscencia de sus jornadas nómadas; mi tía Alicia, de Puerto Cabello, sus tacones bajitos un anuncio de mundanidad jubilosa; la casa, una vieja quinta de Puente Hierro algo destaralada. Al descansar del viaje nocturno, fingía dormir y oía risas. El trasiego de la mañana parecía girar entorno a las risas de mis tíos, risas caraqueñas —incluso muy caraqueñas, por ser también cumanesas y porteñas, siempre costeras— por elección. No parecían depender de un motivo específico, ni siquiera de un chiste; las risas eran lo que le daba lugar a la conversación. Cuando pienso en lo que perdura de aquellas voces, recuerdo esa resonancia, señal de que la ciudad era también nuestra. Si me preguntan qué salvaría del proverbial incendio caraqueño elegiría esas risas.



Loredana Volpe

Traición

Ask your machine there what makes a man a traitor.

Hay algo que me ha parecido curioso, aunque seguro que ya alguien se ha dado cuenta. Releyendo *La mano izquierda de la oscuridad*, años después, para nuestro club de lectura de Ursula Le Guin, me ha parecido encontrar una mención a algo que no había advertido en mis lecturas anteriores, quizá porque no lo estaba buscando y resulta que ahora aparece porque el término está por todas partes. A lo que iba: en el capítulo 3, cuando el enviado del Ecumen, Genry Ai, el protagonista de la novela, se reúne finalmente con el “rey loco”, se comunica de forma simultánea desde Gueden, en una demostración memorable, con un planeta que está a setenta y dos años luz por medio del *ansible* —término y artefacto creado por Le Guin y que aparece por primera vez en la novela *El mundo de Rocannon*, en 1966—, los miembros de la Liga de los Mundos del Ecumen consultan a un “ordenador de conocimientos filosóficos” (“*a philosophy-storage computer*”) para dar respuesta a la extraña pregunta del rey: “¿...por qué traiciona un hombre?”. La respuesta nos deja desorientados: “No sé por qué traiciona un hombre. Nadie se confiesa traidor, y es difícil una definición adecuada”. ¿Es este “ordenador de conocimientos filosóficos” una inteligencia artificial en una novela de 1969?

No lo había pensado, dice alguien. ¿No será un buscador?, le responde otra persona. Pero el mensaje va firmado por un tal Spimolle, G. F., dice Mónica. Sin duda, replico, pero han consultado la respuesta en una computadora y esta ha respondido como solo un ChatGPT podría hacerlo. Aunque el término de *Artificial Intelligence* fue acuñado en 1956 por John McCarthy haciendo referencia a “una máquina lógica”, comenta Jimena. Lo definió, toma el relevo otra lectora, como: “la ciencia e ingeniería de hacer máquinas inteligentes”, citando la respuesta arrojada por un buscador del siglo XXI. Y además, continúa Jimena, hay un cuento de 1935 en el que se menciona por primera vez una suerte de modelo de realidad virtual al que se puede acceder por medio de unos *googles* o lentes, que te permiten adentrarte en una especie de sueño en el que todo se aprecia desde tu punto de vista —que bien podrían hacernos pensar en las nuevas Apple Vision Pro—, y en el cuento puedes oler, probar y tocar lo que te rodea, incluso puedes hablar con algunos personajes o *sombras* y ellas te responden. ¿Cómo se llama, el cuento? “Pygmalion Spectacles”, de Stanley Weinbaum, que murió a los 33 años, responden después de consultar al Google. Igual que Cristo.

Que también murió traicionado a esa edad.



Lourdes Fierro Bustillos

Inolvidable profesor Lynch

(De la máquina de escribir de bolita, al mail)

Un día de 1982 acudí a mi cita con el profesor John Lynch (1927-2018), respetado latinoamericanista, para discutir el primer capítulo de la tesis con la que optaba al título de Ph.D. en Artes (University College London). Sin computadora personal, llevaba 50 cuartillas que transcribí con una máquina de escribir prestada, de esas de bolita. Mi proyecto de tesis había recibido ya dos premios del Committee of Vicechancellors and Principals of the Universities of the United Kingdom cuyos miembros lo habían calificado como “trabajo pionero”.

Lynch, perfecto caballero inglés, me recibió tranquilo, como siempre. Le entregué mi trabajo y comenzó a leer.

Primero palideció, luego enrojeció, devolvió mi entrega con horror:

—Usted no puede presentar esto.
—¿Por qué? le pregunté extrañadísima.
—Para optar al título de doctor no comience con la revisión crítica de cuanto hay sobre el tema.
—Pe, pero, profesor —tartamudeé achicada— ¿no falta ninguna autoridad, pensador...?
Serenó, interrumpió:
—Todo tiene que ser suyo, apóyese en su investigación...
—Ustedes aquí lo llaman “estado del arte”, repliqué...
—La suya es una tesis doctoral, un trabajo pionero. Redacte de nuevo y regrese.

Meses después informé a Lynch que iría a Caracas para completar mis datos venezolanos. Lynch me advirtió preocupado: —Pocos latinoamericanos aspirantes al doctorado, terminan sus tesis: en sus países carecen de recursos y tranquilidad.

Regresé a Caracas y un día, tras investigar en el Archivo General de la Nación, fui secuestrada y robada, dos pillos se llevaron además mi maletín con los preciosos datos que me faltaban... Algo he publicado.

Años después recibí un mail del profesor Lynch con una orden sutil:

—Salve su investigación.

Mi querido profesor Lynch, ¡cuánta razón!



IVÁN FEO / UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA



Luigi Sciamanna

Higgins y Pickering

Conocer y conversar con Iván Feo ha sido y es aún por fortuna buena una de las experiencias más enriquecedoras y emocionantes. No fue poco tener de profesor en un salón de clases de nuestra Escuela de Artes en la Universidad Central de Venezuela al autor de *Ifigenia*, el film basado en la novela homónima de Teresa de la Parra y visto a sala llena en el Cine Radio City de Sabana Grande. Si una clase puede ser también una conversación, aquella sobre la función poética del lenguaje, más el inolvidable gesto con el que Iván ilustró cómo actuaba esa función con respecto a las otras, constituye una encrucijada cuyo significado comenzaría a revelarse a lo largo de los años incluso posteriores a los de la universidad convirtiéndose en un tema con

variaciones. Para absoluta suerte, felicidad y curiosidad mías, ha reaparecido por necesidad de hablarlo una vez más sea mientras escuchamos ópera (Iván es pucciniano, yo verdiano); lo observo preparar cuidadosa y amorosamente las recetas de su mamá y que he tenido la suerte de disfrutar sentado a su mesa en compañía de Simonette y Andrés; o también cuando para con orgullo e inquietud míos nos visita como agudo espectador en nuestros montajes de teatro. A lo largo de este intenso proceso de nuestra amistad, que no excluye algunos enfrentamientos, se inició en el momento justo para mí, la aventura de editar juntos el documental dedicado a Fernando Gómez que como un eslabón mágico nos une, porque para ambos, Iván y escribano, desde perspectivas y momentos privados distintos, Fernando es una figura trascendental. Sentados juntos casi un año editando ese documental, de lunes a viernes, de ocho de la mañana a seis de la tarde, esos encuentros resultaron una suerte de maestría porque conversar sobre poesía y poética, cine, ritmo, montaje, historia, país, ópera, la mesa, dejaron en mí una experiencia que está activa siempre...



Luis Barrera Linares

Tertulianza

De antiguas tertulianzas, reaparecen sentencias, frases y recuerdos convertidos en palabras que han marcado o impregnarán lo que somos o seremos. Fogonazos verbales que se apesentan en el cerebro del corazón y que, en ocasiones, salen a flote: desbocan emociones; son como catecismos irrenunciables, pivotes que revolotean en torno de nuestros orgullos y, si padecemos el síndrome de la escritura, a veces podrían servir de soporte para algunas actitudes que los ficcionautas asumimos, cuando construimos mentiras sin sentir culpa. Se vuelven parte de la egoteca que, en mayor o menor medida, todos somos y alimentamos.

Eso él lo sabía.

Y lo divertía.

A veces, el origen de ese principio guardado en las esquinas de la memoria proviene de afectos imborrables. Así se potencia la valía de cualquier dictamen. Elijo un ejemplo, para mí impenitente, y lo cito tal como lo almacené en mi inventario de fórmulas acuñadas desde la prudencia de mi interlocutor: cuando le preguntaba por qué tanta transgresión en sus cuentos y algunas novelas, con la mirada fija en sus manos ya temblorosas, percubaba un proyectil fulminante:

—Si tuviera que contar historias convencionalmente; sería yo un repetidor, un plagiario, como lo han sido muchos narradores, desde Gilgamesh.

En esa afirmación tajante cabía (cabemos) un aluvión de ficcionautas. Por eso él escribía atrabiliariamente, con humor y atrevimiento, sin temor a las perturbaciones idiomáticas. El credo secreto de un narrador debe golpear con fuerza de huracán —insinuaba—, violentar la frontera de lo posible. Hay plumistas que son apenas amanuenses irredentos; creen que relatar es proponer historias modositas; después de A, B, y luego C. Incluso, a veces buscan originalidad comenzando por C o por B: camino fácil. Nada de descogotar frases que desequilibren las neuronas.

Mi interlocutor se llamaba José Oswaldo Trejo Febres, venezolano planetario: siempre conjugó su primer apellido, como si se tratara de un verbo disruptivo, intruso ante los contares que no salen de la tradición: fue *troja*, mucho *trujo*, de desencajado *traje* verbal. Las charlas duraron varias misiones. ¿La excusación?, mi incordura acerca de sus descoyuntamientos; como misas asombradas de ojos brotados musándose las cabuyas, sin sobremesías sesudos o desmesurados.

A la grata charlación de Oswaldo Trijo, y para evocar su estética, dedico este tertuliano con rompeduras de párrafo finaleciente.



NÉSTOR LEAL / ©VASCO SZINETAR

Luis Moreno Villamediana

(Néstor Leal—in memoriam)

Lo memorable es el reiterado fantasma de un efecto. Allí convergen las formas plurales del estilo —el vestuario, la reserva, los nombres significativos, las pausas. La discreción de Néstor Leal, mi tío, hace que el recuerdo de nuestras charlas tenga un clima amable —no apelaban a la confidencia dramática ni al reproche. Su paso por el grupo Apocalipsis o la dirección de Monte Ávila Editores no parecía relevante; algunos títulos eran para él más notables que cualquier reporte autobiográfico. Cuando a finales de los 80 leyó mis primeros ensayos, me aconsejó los artículos de Xavier Villaurrutia, las *Prosas apátridas* de Ribeyro y los libros esqueléticos de Julio Torri. Después le hizo llegar mis textos a César David Rincón, quien en 1990 los incluyó en la revista *Puerta de Agua*. Néstor me había hablado antes de María Granata, Héctor Bianciotti y Juan Rodolfo Wilcock. Los apellidos resumen hoy las oraciones que los incorporaban, y así conforman una especie de pedagogía atenuada, discontinua pero afectuosa. Y densa. Los intervalos larguísimos entre una charla y otra vulneraban simultáneamente los conceptos de autoridad y diálogo. Más que la armazón de una cultura o el apego que solicitan los maestros y santones, contaba para él la insinuación casi adventicia de posibilidades para una escritura incipiente. El tiempo transcurrido, a la vez, convertía esos encuentros en una paradójica pila de instantes simultáneos. Qué más se dijo cuando —no importa; sé el orden de lecturas, reconozco la inflexión de su voz, los mesurados colores de su ropa. En un correo, Victoria De Stefano describió a Néstor como “taciturno, retraído, gentil, extremadamente culto y peculiar”. En esos adjetivos cabe la ética de la más elocuente sobriedad. Sí, hay personas, eventos, cosas que no cambian la vida: la confirman, sin grandes aspavientos.



PAULO MENDES DE ROCHA / EL ESPAÑOL



Luis Pérez-Oramas

Conversación con Paulo Mendes da Rocha, arquitecto

Coincidimos una noche en los Altos de Lapa, suburbio ajardinado de São Paulo.

Paulo Mendes da Rocha vino a hablarme de Reverón. Lo hizo con sencillez amistosa y con acuidad insuperable; y añadió a sus comentarios cierta memoria de un texto de Claude Lévi-Strauss que se le había venido a los ojos frente a los paisajes blancos y sepias de Reverón.

Me habló, entonces, del Lince y la neblina.

Parece ser que el antropólogo francés enunció, en una de sus últimas obras, un mito nunca antes comentado. Ese mito existe en muchas partes y carece, como todo mito, de origen: es, pues, eco tardío y resonancia fósil, singularmente locuaz, de una voz inolvidable. Su motivo es la neblina primordial en cuya blanca e impenetrable densidad se disimula la presencia de otro, del vecino, del ajeno, del extranjero, del hermano, de aquel que aún no viene. Son las nieblas heladas de Alaska en las que viven esquimales y las nubes inmensas de la quema ritual en Amazonas; es la humaza de la paz que fuman todos los indios y la nube eclesiástica de incienso en los templos cristianos; es el humo del tabaco de los brujos y la blanca bruma de los magos; la polvareda ceremonial de ciertas danzas. En todas esas ocasiones, me decía Paulo Mendes da Rocha, “éramos dos y no lo sabíamos; éramos dos pero no nos veíamos. Y ya éramos todos”.

Me decía aquella noche Paulo Mendes da Rocha algo sobre el paisaje reveroniano que mi intuición no había cernido, y su voz pausada lo hacía, también, en la neblina.

Aquellos cuadros ciegos, aquellas nubes blancas y nieblas sepias fueron pintadas en los años más oscuros de Venezuela. Cuando no nos veíamos y éramos dos y aún esperábamos, como hoy, poder volver a ser todos.



Luz Marina Rivas

Desde hace un año, soy embajadora en Bogotá de *La vida de nos*, ese portal que es Venezuela escrita en el ciberespacio. Cada mes un grupo de migrantes venezolanos nos reunimos a conversar en torno a un texto de *La vida de nos* en un círculo de lectura. Las historias leídas hacen eco en las nuestras. M. debió dejar de ser abogada. Ahora se ocupa de proyectos sociales. A. viaja a veces a Venezuela, pero la siente ajena. En su último viaje se sintió como un “turista con amigos”. N. cuenta cómo fue el exilio de su papá: tuvo que salir del país, ya a una avanzada edad, porque su teléfono estaba en los contactos de otro perseguido. T., también exiliado, nos dice que no podemos imaginar cómo es tomar dos franelas, dos pantalones, una laptop y una foto de la familia para enfrentar la huida hacia Colombia por una trocha peligrosa. K. no tiene cuadros en su apartamento, porque lo siente transitorio. Quiere con todo su corazón poder volver a Venezuela para llevar las cenizas de su hijo fallecido, allí donde está su hogar. F. publicó su historia en *La vida de nos*. E. y J. A. tienen poco tiempo en Bogotá. Decidieron salir de Chile, porque a sus hijos no les dieron visas. No se les permitía salir con pasaportes venezolanos vencidos, pero quedarse tampoco. P. e I. cuentan que sus hijas universitarias piensan migrar para hacer sus vidas en otros países, “seguir migrando”. C., nacida en Colombia, hizo su vida en Caracas. Hoy no se reconoce en la familia y amigos que dejó. Se ha dedicado a tocar el acordeón en hospitales y casas de refugio para sentirse útil y ayudar a otros. J. E., colombiano, enseña a niños venezolanos. En una y otra reunión, nos citamos unos a otros. Venezuela se nos hizo hablada; se nos hizo conversaciones memorables.

María Antonieta Flores

Elena Vera: “todo lo que tarde a marea en reaparecer

Había llevado conmigo un gatito rojo tallado en piedra de jabón. En esa época estaba fascinada con las posibilidades expresivas de la esteatita. Cuando entré, lo primero que busqué fue la colección de gatos que descubrí luego en una larga repisa, pero primero apareció el gato negro deslizándose sobre un sofá.

Ya había ganado el Ramos Sucre con *El celacanto* cuando conocí a Elena Vera en 1984. Fui su preparadora. Era la Jefa de Cátedra de Literatura Venezolana en el Pedagógico de Caracas, y no había recibido clases con ella. Eso sería después, en algún momento antes de 1986, fecha en la que me gradué. En el postgrado de Literatura Latinoamericana, no solo me dio clases, sino que fue mi tutora. Así es que teníamos varios años conversando cuando, por primera vez, visité su apartamento en algún año del primer lustro de los noventa.

Me animó a que, por primera vez, enviara un poemario a un concurso en 1985. Sobreviví 25 o 26 años en el mundo académico gracias a sus recomendaciones, propició mis primeras colaboraciones con el *Papel Literario*, me introdujo en el mundo literario con las debidas advertencias. Fuimos a varias reuniones de la Asociación de Escritores, a algunas sesiones de la Academia de la Lengua, a la fiesta inaugural del Círculo de Escritores en el Hotel President en Plaza Venezuela y al Callejón de la Puñalada.

Cuando ya estaba sufriendo un nuevo ataque del cáncer, tuvimos una conversación. No estaba lista como ahora creo estarlo: me dijo que sabía que iba a morir y que quería culminar con sus compromisos académicos. Era la tutora de una tesis y yo, una de los jurados. Fue una conversación con tizne, un tanto amarga, un tanto incómoda.

Ahora, en la memoria, es una llama que brota de las cenizas.



María Josefina Barajas

Conversar con la novia de mi hermano

A Mercedes

Hay una conversación que inicié hace años con quien para entonces era la novia de mi hermano. La conversación ha ido siempre sobre la vida vivida por cada una. De modo que hemos ido hablando de cosas personales que cada quien por su cuenta va, hace y de los efectos de esas experiencias individuales en nosotras, también en los otros. Nuestra vida estudiantil vespertina-nocturna en carreras y universidades distintas fue y es una de esas actividades conversadas. También hemos hablado de la crianza de las mascotas y su duración. Atender la casa, comprar la ropa, los libros, ir al cine, criar a nuestros hijos y más. La lista de cosas pudiera parecer muy larga y haber tomado mucho tiempo para hablarlas, pero en verdad no ha sido así.

Ha sido más bien un hacerse cada una por su parte con su propia lista de asuntos en su peculiar temporalidad y hablarse en el entretanto para compartir los desenlaces, intercambiar las notas. Similar a unas vivencias simultáneas o a unas vidas cotejadas en el tiempo. Lo mejor de todo siempre ha sido poder seguir nuestro diálogo de forma continuada aunque no habláramos desde hace mucho, como quien abre la puerta del carro, entra, se sienta y le vuelve a dar al botón de *play* de la canción; para nosotras, darle a *play* ha sido continuar la conversación pausada por horas, días, meses, a veces muchos meses. Esas conversaciones no eran olvidadas ni causaban el efecto angustiante de lo no expresado entre nosotras. Sin necesidad de recurrir a una nueva introducción de los asuntos, de manera natural, mágica, maravillosa en su esencia, nos volvíamos a poner en contacto y continuaba el hilo de las palabras:

—Ya tengo el libro, la base... todo el envío.

—Buenísimo.

—¡Y conseguí la medallita de San Antonio!

—Ah... no se perdió. ¿Cómo se iba a perder?

Así que mientras mi hermano y ella hicieron vidas distintas, ella y yo hemos ido logrando una conversacional hermandad.



HUMBERTO MATA / ©VASCO SZINETAR



María Ramírez Delgado

La primera, la única versión: una conversación con Humberto Mata

No recuerdo si lo encontré en alguna tienda de discos o si fue un regalo, pero un día llegó a las manos de Humberto Mata una versión de la *Misa en si menor* de J. S. Bach, bajo la dirección de Masaaki Suzuki, así que —como solía hacer cuando encontraba algún prodigio musical o literario— me invitó a descubrirlo en su biblioteca.

Me senté en el chichorro de moriche que colgaba entre las dos paredes atestadas de libros. Humberto puso el CD en el reproductor y comenzó el coro: *Kyrie eleison*.

La música transformó la biblioteca en un oratorio. Él, sentado detrás de su escritorio, la escuchaba con una devoción mística (no hay otra manera de escuchar a Bach), pero luego de unos minutos, interrumpí para decirle lo mucho que me gustaba lo que oía. Humberto me miró e hizo una pausa, era usual en él —antes de empezar a hablar— contener el aliento como quien ya está conversando y se detiene para profundizar sobre un punto, y me dijo: La primera versión de una pieza musical que escuchamos se convierte en la única versión perfecta, sin importar si es una buena ejecución o no, esa será para siempre la única capaz de satisfacer nuestro deseo.

Y añadí que, aunque la versión de Suzuki era extraordinaria, no lograba alcanzar el esplendor de aquella primera interpretación que él escuchó de la misma misa en el tocadiscos de su hermano Enrique, siendo muy joven, en su casa en Tucupita.

Le pregunté si eso mismo se aplicaba a las personas, si esa primera conexión que tenemos al conocer a alguien determina cualquier posterior entendimiento del otro.

Hubo un silencio y luego de un rato agregó: Pero el otro debe resonar con fuerza en nosotros para poder escuchar, con los años, todas las versiones posteriores de su ser en el nuestro.

María Pilar Puig Mares

Cuando Nelson Rivera me invitó a participar en esta edición especial, me figuré que su intención al rescatar tantas “conversaciones memorables” es la de hacer visible esa red que nos acerca al reducir tiempos y espacios para, por una parte, coincidir en el empeño común de celebrar el *Papel Literario*, ya convertido en reservorio de nuestra cultura y memoria. Por otra, traer a este hoy la remembranza de asuntos significativos expresados en conversaciones reveladoras, esas que, sin duda, todos atesoramos, bien tenidas con personas distinguidas o poco notables (¿de qué depende lo importante?) en lo político, social, literario o cultural. Se trata de una hermosa forma de tender puentes y mantener vivo el recuerdo de seres, anécdotas e ideas imprescindibles no solo para el protagonista, acaso para la memoria de la nación.

Entonces, la palabra memorable queda entendida, al menos aquí, como aquello que merece, debe, ser recordado; o aquello que, simplemente, se ha adherido tanto a nuestra memoria hasta resultar imposible apartar, reemplazar o ignorar. Prefiero esta acepción de *memorable* antes que la de famoso, renombrado, célebre o destacado.

Resulta casi imposible mantener un tono sin altibajos en cualquier conversa, aunque bien centrada en un determinado asunto; al recuerdo se fijan frases, gestos, miradas, intuiciones, tanto o más que las palabras. De esas conversaciones memorables, y muy pocas pueden contener las profundas resonancias encerradas en el sintagma, atesorar dos: una con escucha aún no conocido, mi hijo, que nacería al día siguiente; otra, sin palabras, un abrazo y una mirada larga, no triste, sino sabia y plena de amor, en el último fin de año que vivió mi madre. Pero son más propias para conservar en el corazón o integrar un diario muy, muy íntimo, y no uno para divulgar, como ahora tanto se estilaba. Por eso las callaré.



Maye Primera

Whatsapp

Mi padre siempre responde lo mismo cuando le pregunto por el chat de Whatsapp cómo está y dónde anda y con quién. Solo varían las mayúsculas y los signos:

“Todo bien. En la clínica”.

“DIOS BENDIGA. Abrazos y besos. En la clínica. Saliendo del quirófano”.

“Dios bendiga. Todo bien en la Clínica. Feliz día. Ya operamos. Todo bien”.

“DIOS TE BENDIGA. Cómo estas? NOSOTROS EN LA CLINICA”.

Mi padre y sus socios médicos compraron la clínica a crédito en 1976 y él poco a poco fue adquiriendo acciones hasta tener el cien por ciento. Él pasa el día en su clínica haciendo lo que sea: dando una anestesia, cambiando un bombillo, tomando café en el puesto de enfermeras, hablando con los médicos en la administración, revisando los tanques de agua en la azotea. Ese lugar es su patrimonio, el patrimonio de la familia, de los que están en Venezuela y los que no estamos.

La vida de todos ha transcurrido en esas diez habitaciones y

esos dos quirófanos. Excepto mi padre, todos los integrantes vivos y muertos de esta familia se han operado —el apéndice, las amígdalas, los cornetes, el tabique, la cesárea— o han sido hospitalizados en la clínica por alguna dolencia. Ahí murió mi madre de cáncer en los ochenta, ahí nacieron mi hermana y mi hermano pequeño en los noventa, los hijos de mi segunda madre, ahí me operaron un tendón del menique izquierdo, ahí diagnosticaron de un tumor (benigno) al hermano mayor, ahí nació mi sobrina en julio de 2021. La sobrina, que es el nuevo centro de nuestro universo: suyas son las fotos, los videos, los *emojis* y los planes de reencuentros en las conversaciones familiares.

—Ay, quisiera tanto ir a conocerla —escribo en el chat y el hermano mayor se queda cinco, quince minutos *typing*...

—...

—...

Hasta que responde.

—Cuando esté más grandecita.

Es una nueva forma de decir: mejor no vuelvas, todavía.FIN.



ANA TERESA TORRES, SERIE FRENTE AL ESPEJO / ©VASCO SZINETAR

Michelle Roche Rodríguez

Ana Teresa Torres. La nostalgia heroica como condena

¿Qué mitos se mantienen en la psique del venezolano?

Los mitos que actúan en la mentalidad social son formas del imaginario que tienen una vida transhistórica y no se modifican por los cambios políticos coyunturales. No quiero decir que sean eternos e inamovibles, pero sin duda requieren más tiempo que los cambios de gobierno. En síntesis, me refiero a cuatro mitos. El primero es la creencia en un líder mesiánico salvador y restaurador, que se convierta en el hombre providencial. Relacionado a este es el culto bolivariano y sus derivados como son la admiración por los militares como herederos de la gloria de Bolívar. El tercer mito es la creencia de que este país es por siempre inmensamente rico y que la resolución de los problemas pasa por repartir esa riqueza. Y, finalmente, la lectura de la historia como una permanente traición de las elites sobre el pueblo.

¿Cómo se resuelve la obsesión nacional por el héroe?

No sé si se puede resolver, en todo caso se puede mitigar con un discurso civilista, institucional, que proponga que las sociedades necesitan transformaciones pero de las posibilidades civiles, ciudadanas y políticas en el sentido literal de la palabra,

por la vía lenta.

En relación a este eterno refundar la república, ¿Cree que la Revolución Bolivariana borró la llamada IV República y creó un nuevo imaginario nacional?

No creo que haya borrado el pasado democrático; intenta hacerlo a través del lenguaje, manipulándolo. Si hubiera acabado con el pasado democrático del país, deberíamos concluir que no hay alternativa política al chavismo, pero sí la hay.

¿Qué han hecho los intelectuales frente a la nostalgia del héroe y la vocación de los políticos del país de refundar eternamente la república?

Hemos escrito mucho, no solamente libros y hemos tenido una presencia pública muy superior que la que pudimos tener en la década de los años ochenta o noventa. Cada uno ha expuesto su posición, sus ideas. De eso se trata. Pienso que ha habido una participación muy intensa.

*Entrevista con Ana Teresa Torres publicada en mi libro *Álbum de familia: conversaciones sobre nuestra identidad cultural* (Alfa, 2013).



Milagros Mata Gil

Una conversación que continúa: Ítaca

En agosto del 2020 estaba yo saliendo del COVID 19. Aislada por necesidad y elección, tenía mucho tiempo para esculcar en redes sociales como Facebook, donde, además, hacía frecuentes comentarios sobre el desarrollo de mi particular apestamiento y recibía apoyos y consejos.

Un día, a mediados de mes, encontré allí una crónica que me gustó mucho por lo evocadora, por el colorido casi cinematográfico, por el tono fresco y desenfadado y porque no conocía al autor; pese a que vi, una vez visitado su perfil, que teníamos muchas amistades en común. De inmediato le envié un mensaje pidiendo su contacto, ofreciendo mi número telefónico (un acto de total audacia, si se quiere, muy desacostumbrado en mí). Esa misma noche me llamó y comenzó así un tiempo de conversaciones cuyas consecuencias aún están en desarrollo. Ese fue Eziongeber Chino Álvarez y ese fue el nacimiento de nuestro proyecto, Editorial Ítaca, y de nuestra tarea de divulgar la creación literaria de los escritores de habla hispana, así como de apuntalar nuestra propia creación. Después de tres años, estas conversa-

ciones no han cesado. Repito: la literatura ha sido el gran núcleo de ellas y nos ha permitido pensar, inventar, invertir nuestro tiempo de vida, crear: ser demiurgos y, sobre todo, taumaturgos. Y, además, multiplicarnos en otros tiempos y espacios, con interlocutores que no hubiéramos imaginado. Las altas madrugadas y el café nos reúnen a pesar de la lejanía geográfica.

Nuestro territorio fue delimitado desde un principio: la letra, la escritura. Alumbrados por el faro de Alejandría, invocamos a Kavafis y bajo su égida navegamos sin temor a cíclopes y lestrigones. Conversando, aprendimos el oficio de ser editores, así como a usar los forochats. Convocamos a los escritores para que contaran de sus obras. Hablamos de gente como James Joyce, Ezra Pound o Dante Alighieri. Reflexionamos sobre la condición del escritor en su ámbito vital. Invitamos al público invisible a las lecturas de textos literarios. Y por ahí seguimos. Conversando. El tópico geográfico no nos limita: desde todo lugar donde alcance la línea telefónica, siempre estamos enrumbados hacia Ítaca.

Mireya Tabuas

Mudas

A Trini Tabuas, en 2007

Estos días de noviembre conversamos sin palabras. ¿Cómo te pido que me digas todo aquello que te faltó por decir, porque lo que me contaste nunca será suficiente?. ¿cómo te hablo sin saber si me escuchas en este pésimo intermedio entre estar viva y muerta?. ¿cómo nos comunicamos nosotras que toda la vida hablamos tanto, que somos como una misma persona con 45 años de diferencia? Te canto “Capullito, capullito, ya te estás volviendo rosa” para ver si reaccionas, bella durmiente, para ver si dejas de silenciarte en la cama de este palacio precario que te admite solo hasta que se consuma el seguro.

Tal como hacías conmigo, te invento cuentos de hadas, aunque nunca me quedarán como los tuyos. Eres ahora tú mi niña pequeña. Compenso la imposibilidad de diálogo haciéndote preguntas que sé que no tendrán respuesta, aunque solo aspiro lograr de ti una mueca, un movimiento de cabeza: ¿Te acuerdas de cuando me llevabas al cementerio del sur a visitar a José Gregorio?, ¿te acuerdas de las veces que entramos como polizonas a velorios ajenos?, ¿te acuerdas de que me hiciste prometer que nunca lloraría tu muerte?., ¿te acuerdas...?

Me dicen las enfermeras que me vaya despidiendo de ti. Te juro que intento reconstruir en voz alta solo las partes bonitas de tu historia, para ayudarte a borrar todo eso tan terrible: tu infancia huérfana, las monjas malísimas que te daban carbón en lugar de regalos en diciembre, la guerra civil española que en tu juventud te robó un novio, aquel secreto que te guardaste hasta que te lo saqué. Sustituyo esos malos recuerdos hablándote de lo que fue para ti migrar a Venezuela: el amor de un hombre viejo, la maternidad tardía, los sábados en el balneario de Macuto, los domingos en la mañana en nuestro minúsculo apartamentico de Chacao esperando a mi papá. Tú y yo para todo siempre. Tú, yo y luego tus nietos, esos que nunca imaginaste que ibas a tener porque pensaste que, como tú, yo también me quedaría demasiado pronto sin madre.

Por eso, desde chiquitica me entrenaste para tu muerte. Pero tú, tan buena instructora, olvidaste un detalle. Nunca me preparaste para el paso previo, este injusto medio tiempo: la agonía. Este silencio en vida. Así que intento seguir hablándote hasta lo último, porque conversar fue un asunto que siempre supimos hacer muy bien, mamá. Incluso mudas.



Mori Ponsowy

Una de nosotras está en un lugar del mundo y, la otra, casi en las antipodas. Cuando aquí es de día, allá es de noche, y viceversa. Nos conocimos en la escuela apenas pasada la infancia: compartíamos el amor por la literatura, la política, la historia y, también, la curiosidad ante el mundo que empezaba a desplegarse ante nosotras. Sentadas en el patio, conversábamos en voz alta durante los recreos, pero el diálogo seguía durante las clases de matemáticas o geografía a través de papeletos escritos que nos pasábamos de un pupitre a otro.

¡El mundo ha cambiado tanto desde entonces! Nuestras vidas tomaron rumbos imprevistos, se hicieron más complejas y mucho más desafiantes de lo que imaginábamos. Sin embargo, a pesar de que ahora pueden pasar años durante los que no coincidimos en el patio de ningún recreo, nuestra conversación no cesa. Ya no son papelititos que van de un pupitre a otro: cuando la primera de nosotras emigró, seguimos el diálogo a través de cartas. Años después, fueron interminables emails que hoy hemos sustituido por mensajes de voz que cada una escucha por la noche, mientras toma vino. Escucharnos y después grabar nuestro fluir de la conciencia en el teléfono, casi como si escribiéramos una correspondencia secreta, es una pequeña fiesta.

Creo que no hay ningún amor que se compare a este que da una conversación mantenida a lo largo de los años. Cuando ella y yo hablamos no somos solo las mujeres de ahora. No somos solo la profesora universitaria y la escritora: somos las adolescentes que salían con novios a escondidas; las jovencitas que se casaron; las mujeres que se divorciaron y escribieron libros. Cada mensaje de voz, cada encuentro inesperado en algún lugar del mundo, es una fiesta de dos en la que conversan todas esas que fuimos, las que somos y, también, esas ancianas que tal vez seremos, hablándonos con voces temblorosas repletas de olvidos y de amor.



Néstor Mendoza

Un cassette dañado

Nos conocimos en una exposición artística que se desarrollaba en el Parque Recreacional Sur, en junio de 2007. Él estaba acompañado de algunos amigos valencianos. Yo iba solo, con una grabadora negra y un par de libros. Del Parque nos trasladamos a la urbanización El Trigo, a casa de una de sus acompañantes. Esa misma noche, Juan Calzadilla me obsequió un ejemplar de *Diario sin sujeto*, con anotaciones personales, tachaduras y borrones. Asomé mi grabadora prestada y lo entrevisté por una hora. Fueron preguntas hiladas con intermitencia, motivadas por lecturas previas y el infaltable recorrido del azar. La comodidad de los muebles y la calidez del entorno disiparon mi nerviosismo. Una Coca Cola servida por la anfitriona refrescó el instante. Después de esa jornada, regresé a la Universidad de Carabobo para tomar el transporte de las 8:00 pm. En casa reproduce la grabación. Contrastaba su dicción serena y el timbre irregular de mi voz. En mis archivos permanece la entrevista, parcialmente transcrita y aún inédita. Una travesura de mi pequeña sobrina, que en ese tiempo contaba con 4 añitos, deterioró el cassette. Por fortuna, ya había logrado pasar en limpio la mitad de la entrevista. La otra parte, irreparablemente, se perdió. En ella sorprende la exactitud oral de los argumentos, como si se tratase de un discurso limpiamente escrito y corregido. Copio un fragmento de su respuesta a la pregunta cinco: “...Hay un grupo de autores que no está conforme con lo que hace. Está siempre sometiendo a duda lo que no puede ser afirmado como sentado, sacralizado en la escritura. Se ve mucho en mi caso el interés en desarmar el texto, al mismo tiempo en que se está escribiendo. También de verlo como un proceso que va dando origen al poema en cuanto el proceso mismo se cumple a través de la operación del lenguaje. Entonces eso hace que el producto, el resultado, sea como muy reflexivo o que generándose ponga en duda o sacrifique el resultado al proceso”.



Octavio Armand

El teólogo

A Fernando Gael, de 3 años, lo van a llevar a misa por primera vez. Le advierten que tiene que permanecer en silencio y portarse bien porque la iglesia es la Casa de Dios. Allí se va a rezar. Rezar, le explican, es pedirle cosas a Dios, que es muy bueno.

La Casa de Dios resulta ser muy grande, mucho más grande que la suya. Impresionado por la enorme sala repleta de sofás de madera largos e incómodos, y por la gente elegante absolutamente quieta hasta que de repente unos se levantan y otros se arrodillan, aunque luego todos se vuelvan a sentar solo para levantarse y arrodillarse de nuevo; intrigado también por el hombre que anda por la tarima disfrazado de mujer, que le susurra al libro, al trozo de pan y a la copa de plata, y a quien la gente obedece murmurando; por tantas cosas incomprensibles el niño se convence de que el dueño de esa casa tiene que ser alguien de veras muy poderoso.

Al terminar la misa Fernando Gael pide que le den el teléfono de Dios. Le dicen que Dios no tiene teléfono. Y le preguntan:

—¿Por qué quieres llamarlo?

—Para que venga a mi casa.

—¿Y para qué quieres que venga a tu casa?

La respuesta, que pesa como la brisa a las hojas del árbol, no se hizo esperar:

—Para que juegue conmigo.



Oriana Reyes

Palabra viva

Disfruto conversar durante horas con familiares y amigos y me place volver a escuchar sus historias. Sin embargo, últimamente participo con predilección en conversaciones que me depara el azar con desconocidos. Si tengo oportunidad, comento a quien está a mi lado en un autobús o en cualquier parte: “qué calor...”, “qué bueno que haya bus todavía”, “aquí como que abren tarde...” o cualquier otra frase que azuce al otro a hablar, a extenderse en cuentos, impresiones, quejas, esperanzas, lo que sea que quiera decir. Las más de las veces tengo suerte, así que he ido armando una colección de anécdotas ajenas.

Recuerdo las razones minuciosas por las cuales un hombre prefiere criar conejos y no chivos, la encrucijada de una señora por decidirse entre medicina naturista o quimioterapias para tratarse un cáncer recién detectado, el arrepentimiento de una muchacha por tomar un mototaxi, por primera vez en su vida, para conocer a los papás de su novio (“y él ni siquiera quiere venirme a buscar, aquí, donde me dejaron, para guiarme hasta su casa”).

En cualquiera de esas conversaciones, mis intervenciones, si no son preguntas, son más interjecciones que otra cosa. Sin embargo, no hay conversación con un desconocido de la que no salga con agrado. ¿Por qué? Seguramente hay varias explicaciones, pero me gustaría aventurar una: la palabra en boca de quien nunca había escuchado hablar se me presenta en la dualidad de ser siempre la misma y siempre otra. Además, en boca de otro, la palabra me dice de quien la profiere que no es tan ajeno como pensaba. De ambas maneras la conversación se me hace un testimonio de vida: de la palabra viva y de la vida (la del otro, la mía) en palabras y cómo no salir gustoso de recordar que la vida habla.



Oriette D'Angelo

En el año 2015, antes de irme de Venezuela, me tomé un café con Ricardo Ramírez Requena. Recuerdo haberle expresado mi preocupación porque iba a empezar de cero en un nuevo país y él, taza en mano, me dijo que aprovechara la oportunidad de ser anónima. Sus palabras resonaron y han resonado en mí desde entonces. Ser anónima era distinto a ser invisible, pensé. Y lo que me preocupaba era ser invisible, convertirme en alguien con una identidad fantasma. Mis primeros años en Estados Unidos fueron así, desde un margen que era solo mío. Un margen desde donde observé una cultura que se me hacía ajena y que poco a poco iba mermando en mí. Disfruté del anonimato hasta que quise salir, hasta que quise que mi nombre ya no fuese Oriette, como algunos norteamericanos que no escuchaban bien mi nombre decidían llamarme, y empecé a ser Oriette de nuevo, con la “r” bien pronunciada, con un “et” no americanizado. No cedí al lenguaje y mi resistencia también me sacó del margen. La cultura en español en Estados Unidos permite que varios anónimos sigamos siendo anónimos juntos, en comunidad. Y siempre, cada vez que choco con puertas o extraño Venezuela, recuerdo a Ramírez Requena, café en mano, hablándome de esas oportunidades que se abrirían a mi paso si ponía la atención suficiente. Siempre que quisiera aprovecharlas, claro. Despacio. A mi ritmo. Desde la constante disidencia.



JOSÉ LEZAMA LIMA / ARCHIVO EL NACIONAL



Paola Romero

Autoritas

Hay algo único, y particularmente retador, en conversar con alguien a quien se admira. Una vez tuve la osadía de escribirle un *e-mail* a un reconocido profesor en Inglaterra. Sus libros sobre filosofía política, en particular sobre Hobbes y Maquiavelo, son parte del mobiliario de la cultura académica anglosajona. La filosofía, a diferencia de las ciencias “duras”, no cuenta con una tabla periódica o con un vocabulario numérico infalible; cuenta con la *autoritas* de aquellos que se convierten en una guía para la lectura y la reflexión propia. Para mi grata sorpresa, recibí una respuesta inmediata a mi correo electrónico, en la que dicho profesor valoraba mis ideas y me invitaba a almorzar en el café de la mítica British Library, especificando que no contaría con más de 45 minutos pues era su hora de descanso. En esa misma biblioteca se encerraron por meses Marx, Lenin, y tantos otros, a

tratar de cambiar el mundo, no siempre para mejor. Empezaron entonces las dudas, ¿de qué vamos a hablar?, ¿cómo conversa uno con aquel que solo conoce a través de la escritura?, ¿qué puedo agregar a una conversación con aquel que sabe más? Me di cuenta que hemos olvidado la importancia de la conversación entre maestro y alumno, la que practicaron y convirtieron en ejercicio filosófico el joven Platón con su mentor, Sócrates, y luego el viejo Platón con su discípulo Aristóteles. La conversación con Quentin Skinner duró mucho más que los 45 inglesísimos minutos del plan original: hablamos de la guerra civil inglesa, de sus caminatas por los Pirineos, de que la palabra *stanza* en la poesía significa cuarto o recámara, el espacio íntimo de los versos de Dante en su poema *Il Convivio*. Olvidé que había llegado a ese almuerzo con pena, y salí ganando un interlocutor.



Pausides González

De la A a la F

Hace varios años, en una de aquellas desesperantes colas que se hacían en la autopista Francisco Fajardo (o en cualquier lado de Caracas), se me vino de la nada un juego, digamos, *poético*: la imagen de una tabla alfabética para clasificar a los poetas, una suerte de acrónimo de la “A” a la “F”. “A” eran los Aedos, “B” los Bardos, “C” los Comunes, “D” los Deficientes, “E” los Equivocados y la “F” era la de los Falsos, los francamente falsos. Confieso que me gustó la travesura y comencé a hacer pruebas a ver qué tal funcionaba esa máquina medio endemoniada y me di por meter en ella a los poetas venezolanos del siglo XX. Poniendo nombres dentro de una categoría y nombres en otra, el tiempo se me pasó volando y llegué a casa sin darme cuenta.

Meses después, en medio de una sobremesa con un grupo de amigos, poetas y narradores con quienes recién había viajado a Chile para asistir a un congreso de literatura, mi esposa me animó a hablar sobre aquella tabla de los poetas. Me acomodé mejor en la mesa de nuestra cocina, me llené de coraje y expliqué cómo

la “A” correspondía a los Aedos: los alados, alquimistas, augures; y así, cada categoría la iba acompañando, en la medida de lo posible, con calificativos que empezaban con su respectiva letra. Todos se involucraron en el juego cuando me preguntaron por los Aedos venezolanos y les respondí que solo habíamos tenido a Pérez Bonalde en el XIX y a Ramos Sucre en el XX. Ese fue el comienzo de una buena tanda de indagaciones, discernimientos, deliberaciones. La curiosidad crítica los ganó a todos al mismo tiempo que entrábamos y salíamos de lo serio a lo banal. Recuerdo que nos preguntábamos no sin cierta malicia sobre uno y otro poeta y las respuestas nos divertían; se nos creaba, entre risas y cejas levantadas, un intercambio de dudas y certezas. Hubo pequeños parricidios y grandes desagrazos: unos nombres bajaban y otros subían como números bursátiles. Fue una tarde muy amena en la que, desenfadados, hablamos de poesía y en la que celebramos la amistad y la felicidad, a propósito de aquel lúdico laberinto de letras.



Rafael Castillo Zapata

Circunloquio sobre un coloquio

¿Qué puede tener de memorable la conversación que, en 1937, sostienen, en La Habana, dos poetas, Juan Ramón Jiménez y José Lezama Lima? El poeta andaluz había llegado a La Habana, en viaje de exilio, en noviembre de 1936. Pronto entrará en contacto con la juventud poética cubana, en la que destacan José Lezama Lima y los poetas que lo acompañarán, más tarde, en la legendaria aventura de Orígenes, grupo y revista. En junio de 1937, este dará cuenta, en su *Coloquio con Juan Ramón Jiménez*, de uno de esos encuentros entre poetas que la presencia del autor del *Diario de un poeta recién casado* concita durante su estada. El testimonio de Lezama es un registro inspirado del diálogo que ambos poetas mantienen en torno a la pregunta sobre la probable o improbable peculiaridad de la literatura insular en su relación con la literatura del continente. Tema crucial, sin duda, para un poeta cubano, para quien la insularidad tiene que ser un asunto ontológico, de identidad y de pertenencia. En su interpelación a Juan Ramón, Lezama Lima despliega con apasionada temeridad sus puntos de vista a propósito de lo que ya comienza a definir como una *teleología insular* e indaga la opinión de su colega. La confrontación dialéctica que se es-

tablece entre ellos es inspiradora: un forcejeo de conceptos que fluyen encauzados a través de imágenes marinas, respuntado por punzadas irónicas de un Juan Ramón más bien escéptico y ladino, y por las réplicas de un sagaz Lezama que no se deja acorralar y se defiende. Ejemplo de diálogo entre poetas, donde los haya, este coloquio resulta memorable no solo por lo que en él lleva y trae la marea de la palabra compartida, sino por la perspectiva vertiginosa del testigo, que inventa y tergiversa a su albedrío, y ordena caprichosamente su recuerdo. Juan Ramón, al leer el testimonio de Lezama, declarará lo siguiente: “En las opiniones que José Lezama Lima ‘me obliga a escribir con su pletórica pluma’, hay ideas y palabras que reconozco mías y otras que no. Pero lo que no reconozco mío tiene una calidad que me obliga también a no abandonarlo como ajeno”. Generoso y a la vez ególatra, como todo poeta, un perplejo Juan Ramón salda así, de modo salomónico, la memoria de una conversación que, si no se ajustaba del todo a la realidad de lo que en ella realmente se dijera, enriqueció estilísticamente su evocación, haciéndola memorable precisamente por eso, por ser literariamente bella, en tanto que infiel.



XAVIER ZUBIRI / PHILOSOFICA

Rafael Tomás Caldera

Una visita a Zubiri

Sería en el verano de 1970 cuando tuve ocasión de visitar a Xavier Zubiri en su piso, en Núñez de Balboa, Madrid. Era domingo y el maestro nos recibió a la once de la mañana. Digo “nos” porque habían concertado la entrevista las hermanas Molina Anchorena, damas argentinas que, por la vida diplomática de su padre, habían podido frecuentar parte de la intelectualidad católica europea. Tenían, Josefina y Mercedes, deseos de conocer a Zubiri y, como me hallaba de paso por Madrid, me invitaron a acompañarlas.

De baja estatura y aspecto risueño, era a sus 72 años el pensador español más relevante. Ya había publicado *Sobre la esencia*, que tuvo un equívoco éxito en el mercado, pero de la cual se pudo decir que era la obra metafísica más importante escrita por un español tras las *Disputaciones metafísicas* (1597) de Francisco Suárez.

Se me ocurrió preguntarle entonces algo que suele plantearse a los jóvenes latinoamericanos. *Maestro, ¿por qué la filosofía?* Su respuesta me hizo pensar mucho porque en realidad dijo: *no respondo esa pregunta*. Acaso resultaba ocioso pedir una expli-

cación de su tarea principal. El amor a la sabiduría no necesita justificarse ante la sociedad, aunque en el mundo hispano no sea frecuente el pensamiento especulativo. De hecho, un par de años antes, en un breve encuentro en los Estados Unidos con Joaquín Ruiz-Giménez y Gregorio Peces-Barba, pregunté por Zubiri y la respuesta fue que estaba... muy metafísico. Las de ellos eran andanzas políticas.

Nos contó luego que estudiaba en ese tiempo algunos autores del siglo XIV que, decía, de manera sorprendente intentaban dilucidar por dialéctica cuestiones de experiencia. La dialéctica les aparecía como el modo apropiado de hallar la verdad.

Mostró en la biblioteca su acogedor sillón, con un brazo giratorio donde descansaba un atril. Allí leía por horas. Sin duda hombre sedentario, cuando le asomé la posibilidad de que nos visitara en Caracas su respuesta, amable, fue también negativa: el problema no es la duración del vuelo, sino que seis meses antes ya estoy abordando el avión.

Para despedirnos, vino un momento su esposa Carmen Castro y, tras los saludos de rigor, dijimos adiós al maestro.

Rowena Hill

Quizás parezca extraño hablar de conversación cuando ninguna de las dos personas sentadas frente a frente, en una mesa de cafetín en la ciudad de Mysore, domina el idioma de la otra. El inglés de Mahadeva, sin embargo, es mejor que mi kannada y es suficiente con un poco de intuición para que nos entendamos. Él es un escritor dalit, de la categoría de los marginados que se considera sin casta, por estar debajo de todas las demás, que ha logrado estudiar y tener cierta aceptación social. Es autor de una novela, *Kusumabale*, asombrosamente original en el tema y en el lenguaje, y de otros cuentos. Se espera de él grandes cosas en el futuro. Pero no escribe más.

Me explica que sus obras le llegan a la mente enteras, hasta en los detalles, y para captarlas tiene que estar en un estado de recogimiento, sin interrupciones o presiones de tiempo. Que luego necesita tranquilidad para desplegarlas, y que en su vida actual

no existen las condiciones para tanta dedicación. Como dalit que ha logrado cierta fama, es una voz que se escucha, y la gente de su comunidad le exige que utilice su autoridad para promover la lucha por sus derechos, por la mejoría de la situación de miseria y humillación en que vive todavía la mayoría de ellos.

Así que ha renunciado a la carrera de escritor y ha fundado un partido que representará dalits y agricultores pobres en las próximas elecciones. Me dice que sabe que ninguno de los candidatos del partido tiene esperanza de ser elegido, que lo que le importa es que se los escuche, que no se olvide su causa, que algo se contraponga a los intereses políticos de las mayorías.

Renuncia a un talento único por una causa perdida. No sabía si llorar o aplaudir o las dos cosas juntas. He recordado a menudo sus palabras, frente a las causas perdidas que nos toca apoyar, aunque nos cueste, para que no se destruyan tan rápido nuestros valores.

Sandy Juhász

Un personaje bien conversado

—Este lugar parece de ficción

—De eso se trata, habitar la imaginación. Creo que es el sitio perfecto para nuestro encuentro. Hoy serás un personaje, el que tú quieras.

—Me divierte la idea —se sienta en el sofá sin perderse de nada—. El detalle del olivo iluminado de jazmín le da un toque especial a la atmósfera que inventaste. No soy la clase de hombre que peca con este tipo de sentimentalismo, pero estoy gratamente impresionado. Esto promete. ¿Con qué rompemos el hielo?

—Con un juego. Yo te hago preguntas y tú las respondes con lo primero que se te ocurra. Por ejemplo, ¿qué cualidad aprecias en un hombre?

—Que tenga los cojones de ser lo que es. Si decide ser un mal hombre, pero tiene el valor de transitar su propia oscuridad con decencia, se ganó mi respeto. La bondad es una virtud desafiada porque no se impone, se escoge y cuenta con demasiados

impostores. Nunca imaginaste que los monstruos que atormentaron tu infancia iban a formar un partido político.

—Buena esa. ¿Cuál sería tu peor desgracia?

—Que mi destino sea tu papelera y no tenga el menor chance de existir. La existencia no se escribe en blanco y negro como se piensa. Odiseo goza de buena salud, a pesar de que sus primeros lectores no corrieron con la misma suerte.

—Y tú pretendes que yo sea Homero.

—Tampoco lo tomes así, te falta mucha pluma todavía. Pero soy ambicioso y quiero jugármelo todo en una historia que me saque de este blanco insufrible. Vivir una página que nadie olvide jamás. ¿Vas a preguntar algo que me sorprenda? —Se me escapa una carcajada.

—¿Tu color favorito?

—El silencio.

—Eso no es un color.

—¿Estás segura? Porque no hay silencio más negro que el mío.



Teresa Casique

Agonía

El verano de 1926 es trágico para Pasternak, Tsvietáieva y Rilke. Boris le había escrito a Rainer para agradecerle que leyera sus textos y, eufórico con el *Poema del fin* de Marina, le pide que le envíe unas líneas a ella. Quiere sorprenderla. Rilke obediente le manda sus *Elegías* y los *Sonetos a Orfeo*.

En este refinado ejecutante la poeta rusa concibe entonces a un *quinto elemento*: la encarnación de la poesía. Y vehementemente le declara: “Boris te regaló a mí. Y habiéndote apenas recibido, quiero ser tu *única propietaria*” [14/6]; “¿Sabes por qué (...) te amo (...) Porque Tú eres *fuerza*” [9/5]. Rainer Maria, desde el sanatorio suizo de Val-Mont, donde intenta conjurar una “desavenencia corporal”, afronta la provocación: “¿eres tú esa fuerza de la naturaleza que está detrás del quinto elemento, excitándolo y apremiándolo?” [10/5].

Rilke le habla luego de su “discordia” con el cuerpo, “una desgracia” que lo empezó a debilitar en 1923. Y ella, profética, lo honra: “Orfeo, no puede morir nunca, ya que está muriendo ahora mismo (¡eternamente!)” [12/5].

Pero Rilke sigue mal. Le pide que no deje de escribirle, aunque él no responda. Ella se enoja. Desde el centro curativo Hotel Hof-Ragaz, Rainer le confía: “Nunca conocí inmovilidad semejante...” [28/7]; “escribir una carta (...) es para mí un obstáculo infranqueable” [8/6].

—Rainer, quiero estar contigo. (...) dormir. (...) escuchar el sonido de tu corazón. Y... besarlo (...) / este invierno debemos encontrarnos —desea ella [2-14/8].

—Sí, sí, y una vez más sí, Marina (...) pero en él se encuentran encerrados diez mil imprevisibles NO —arguye él [19/8].

Movida por un subterráneo, ¿ciego?, sentimiento, Tsvietáieva insiste: “...si en realidad quieres verme (...) tú debes actuar, es decir ‘Dentro de dos semanas estaré en tal lugar. ¿Vendrás?’” [22/8].

No se encontrarán nunca. Rilke muere en diciembre.

¿Cuánto puede durar una agonía? ¿Un verano?

a O. G., *in memoriam*

Verónica Jaffé

Hace muchos, demasiados años que no recuerdo haber mantenido, o tan solo escuchado, una conversación memorable de verdad. Una como las que se daban con tanta frecuencia en la Caracas de finales y principios de siglo. Una donde participaba, siempre brillante, Ana Teresa Torres. No es que recuerde exactamente los argumentos y las palabras, pero sí los tonos y las emociones. Leyendo *La utopía destartalada* de Torres, pequeña recopilación de varios ensayos sobre la “secuencia de vaciamiento” que ha sido el país en estos tiempos recientes, caigo en cuenta que aquellas conversaciones sí que tenían algo digno de ser recordado. Eran, al menos eso fue lo que entendí por fin con estos textos, “diálogos de la pérdida”, como se titula uno de ellos publicado originalmente en el 2000. Hoy me parece un diagnóstico inteligente, preciso y actual. Algunas citas que creo lo confirman:

“Hay una modalidad discursiva de la historia venezolana (...) los venezolanos nos narramos en una gramática enunciada de modo vindicativo y en tiempo anulatorio.” (p. 57)

O también cuando Torres habla de “nuestra taimada costumbre de destruir, detener y erosionar lo que otros (...) han construido o comenzado, a fin de que la historia no los reivindique como bueno”. (p. 62)

“Hay que poner orden en el imaginario”, cita Torres a Michelle Ascencio en el ensayo “El país como tragedia moral”, del 2017.

Y sí, estos diez ensayos se leen no solo como un necesario y esclarecedor análisis de la historia reciente del país, también tantas y tantas conversaciones memorables, hoy silenciadas por diásporas, desencuentros y lejanías. Ana Teresa Torres era, es, y espero que siga siendo, una de las voces fundamentales en ellas. Para poder, como recomienda sabiamente, “perdonarnos a nosotros mismos, intentar sobreponernos a las heridas y maltratos y darnos la oportunidad de crecer de nuevo.” (p.76)

Y para que todos podamos, como quería Hölderlin en su poema “Fiesta de la paz,” volver “a ser conversación”.



Violeta Rojo

A veces, silencio

Quizás la mejor conversación es la que no se tiene.

Frente a dramas y tragedias, la amistad grande es la que calla y acompaña. Si quien pasa desventuras no quiere hablar –porque a veces una simplemente no quiere dar pena, o por hartazgo, o por no repetirse– es mejor ser discreto.

Ante dolores sociales o íntimos –país desbaratado, muerte, bancarrota, divorcio, sol negro, enfermedad, pobreza, migrancia, terror pánico al futuro– sobran los “olvidarás”, “pasará”, “encontrarás otra persona”, “sal de ahí”, “te va a ir mejor”, “cambia el chip”, “en todas partes pasa lo mismo”.

A veces se quiere hablar, otras la explicación ahonda el dolor y no apetece ni siquiera escuchar palabras de consuelo. No es raro que la pregunta sobre lo ajeno sea un pequeño puñal que escarba y aviva la herida.

Por eso, silencio y compañía. Sobre todo silencio.



Violeta Villar Liste

Conversación memorable con Umberto Eco



UMBERTO ECO / PHILOSOFICA

Trato de dar vueltas a mi memoria para ubicar la fecha exacta de la entrevista que sostuve con el escritor, filósofo y semiólogo Umberto Eco (Alessandria, 1932-Milán, 2016) y no la consigo.

La entrevista, publicada en *El Impulso* de Barquisimeto, está guardada en papel periódico, antiguo y memorioso, en archivo perfecto que conservo en mi casa de Barquisimeto, hogar en los últimos años hasta que la vuelta de la historia personal, ya hace siete años, me trajo a Panamá. También la hemeroteca del centenario la custodia.

Por fin, un artículo de Julio César Blanco Rossitto, en *Letralia* (Tierra de Letras), recuerda que fue en 1994 cuando el reconocido autor estuvo en la capital larense, invitado por el arquitecto y especialista en semiología Rocco Mangieri y Tulio Hernández, quien, en ese momento, era presidente de Fundarte. Presentó el acto organizado para escuchar al célebre intelectual italiano, el siempre recordado Freddy Castillo Castellanos.

Lo cierto es que Umberto Eco nos recibió en perfecto español en los espacios del antiguo Hilton, hoy Hotel Jirahara, todavía cautivado por el viaje por carretera desde Mérida y la neblina que comparó con un útero protector, decía, mientras movía las manos para hacer más énfasis en esa imagen.

Eco, sencillo, afable, cautivador, a quien todos estudiamos en las escuelas de Comunicación Social, en particular su célebre *Apocalípticos e integrados* (1964, año de su primera edición), nos encontró con una certeza: la evolución del pensamiento del hombre.

“Es un libro que ya no es actual; parte de los conceptos allí expresados, han cambiado”, resaltó ante la interrogante periodística. Esta afirmación, luego de tantas lecturas de nosotros, los alumnos que fuimos de Periodismo, nos confirmó que los dogmas cada vez lo son menos y, en este caso, corroborado por el propio autor.

Nos pareció relevante, y hasta valiente, ir a contracorriente de las teorías formuladas en un momento histórico y luego tener la visión y firmeza de reconocer que la vida avanza, cambia y se transforma.

El autor de *El nombre de la rosa*, *El péndulo de Foucault*, entre tantas obras, en ese momento a lo mejor no lo sabía, pero lo sospechaba, que la inevitable revolución digital aceleraría los cambios.

No fue poca cosa tener a Eco en casa, en encuentro memorable de la neblina limerideña al crepúsculo larense.

Un lujo que celebró la literatura, la semiología y los convocados a su encuentro. Su rostro, sonriente y su sabiduría sin poses, quedó en los archivos de la memoria y del periodismo larense y venezolano. En su nombre.



VICTORIA DE STEFANO, SERIE FRENTE AL ESPEJO / ©VASCO SZINETAR



Xenia Guerra

Los falsos interlocutores

La camisa azul se veía un poco arrugada de espaldas, supongo que era ropa de conversación. Yo tenía siete minutos para llegar puntual, los usé para mirarlo desde la calle a través del vidrio que simulaba la pantalla del teléfono por el que eventualmente lo observaba en redes sociales. Tenemos que hablar, dijo después del beso en la mejilla, me suspendí en el cliché de esas palabras. La conversación había comenzado, o eso parecía. Su narrativa del desamor me avergonzaba, mientras decía “me hubiese gustado más...” su voz perdía decibeles aunque su boca gesticulara. Asumí un personaje, el de observadora, supongo que motivada por la atmósfera cinematográfica que él había construido con estereotipos para decirme que la relación no seguía más. Me vi sentada dentro de esa caja de paredes transparentes que mantienen limpias de cualquier huella, tomando un café caro en vaso de cartón, preguntándome por qué no pudimos tener la misma conversación en la casa mientras uno de los dos llenaba cajas con sus cosas. Maximiliano no había probado su café, pero ya había dicho “Lo siento...” cuatro veces para conectar oraciones. La relación nos dejó de pasar hace unas semanas, me siento cansado y he notado que tú también, pero tu practicidad nos mantiene conviviendo en el mismo lugar. Algo de eso me hubiese gustado escuchar mientras él voluntariamente elegía irse de la casa empacando su ropa y sus libros en la misma caja. Pero yo no estaba en ese lugar de mi imaginación interrumpida por la realidad de un hombre con frases trilladas que yo debía escuchar en una mesa rodeada por otras mesas con desconocidos. Max me estaba dejando porque no éramos interlocutores el uno del otro. Estaba conversando conmigo sobre nuestra incapacidad de conversar. Él hablaba mirando el remolino que hacía en el café con un palillo rojo de plástico. A mí me parecía que la señora en la mesa contigua a la nuestra tenía una forma violenta de gesticular para ser precisa en las ideas del mensaje que quería transmitir.



Yanueva León

El secreto de las flores

Iba a cumplir seis años y me gustaba ser la asistente de mi abuelo: “Pásemme una número cuatro”, decía con voz de quien amasa un mundo entre lombrices y humus. Yo salía disparada, caminaba por sobre rollos de tela asfáltica, tomaba la maceta que pedía y se la acercaba. “Tráigame las *liliopsidas*, las *cattleyas* y los aspersores”; yo distinguía las unas y los otros.

Resultado que había estado heredando nada más y nada menos que piezas de un tecnolecto; aunque ni él ni yo supiéramos que *tecnolecto* es un compendio de palabras propias de una profesión y se clasifica dentro de las variedades lingüísticas; aunque no supiéramos tampoco qué cosa linda es una variedad lingüística; y aunque no me alcanzaría el tiempo para contarle al padre de mi padre que la palabra *tecnolecto* forma parte de un tecnolecto, guiño que a él le habría encantado, porque era un jardinero sabio.

Yo en cambio, escribo porque no aprendí el secreto de las flores, por más que me lo desmenuzú, arrodillado en tierra ajena para darme de comer: “Mire, esta es una orquídea y esa un ave del paraíso, esta mata de flor blanca o coralina es una cala”; “aquí revientan los bulbos de las bromelias, esa pelusa es la semilla y toca regar con paciencia, no a mansalva, suave, como lloviznándoles”.

Pero me embobé con los nombres científicos y comunes de las plantas, de sus ciclos, de sus plagas, de los suelos y de los químicos que destruyeron los bronquios de mi abuelo. Y yo lela por la belleza de la palabra *bronquios*. No me hice botánica, ni ingeniera agrónoma o forestal, no mezclé el reino animal con el cibernético a ver si daba con un germen monstruoso y sublime. Me quedé en el embobamiento del lenguaje, de los nombres de los nombres, buscando sentidos, rebuscando, y no tuve más opción que escribir.



Yanueva León

Amanecemos

Imaginemos que alguien nos cuenta sobre una gente que de vez en cuando *llueve* a cántaros, o escuchamos hablar de una mujer que cada cierto tiempo *anochece* sin poder evitarlo. Algo en el entendimiento nos dará vueltas si sabemos de un señor que inesperadamente *atardece* mientras su hija *nieva* en el patio de la casa. Nos costaría creer en la existencia de niñas que sin más empiezan a *relampaguear* en el columpio y que bebés *granizan* porque sus padres *diluvian*. Ha de ser disparate de poetas, podríamos pensar, con toda razón, pues no es necesario ser gramático ni meteoróloga para tener la certeza de que los perros babeaban de gozo, pero no *lloviznan*, y que las guacamayas por más que graznen no son capaces de *escampar*.

Un extrañamiento lógico de este tipo abrumó a un amigo extranjero cuando, de la manera más normal, le conté que estaba amanecida. Me miró con sonrisa fascinada, encantado. Yo no caí en cuenta del motivo de su deslumbramiento; él tuvo que explicar lo evidente: “Hasta hoy estaba seguro de que solo amanecen los días, pero ahora veo que algunas personas también pueden”.

Estos verbos impersonales, conocidos como “verbos de la naturaleza”, en estricto rigor carecen de sujeto y suelen describir fenómenos atmosféricos. Sin embargo, la plasticidad de nuestra lengua permite que hablantes que jamás se han propuesto escribir un verso hagan florecer la rosa de Vicente Huidobro en las conversaciones cotidianas, sin tener la más mínima intención de nombrarla. Así, los verbos adquieren posibilidades que racionalmente les son negadas y personas, animales y cosas pasan a tener superpoderes conmovedores.

Venezuela es un país amanecido, un país que hace todo lo que puede por amanecer, un país que seguirá amaneciendo. Es un portento que no habla solo de belleza poética.



Zakarías Zafra

Seres elementales

Nos conocimos un domingo de verano en el Bosque de Chapultepec, a pocos metros del Tótem Canadiense. Sin darme cuenta, había atravesado una zona energética protegida por un círculo de cuarzos enterrados en los árboles y M., el dueño de aquella misteriosa instalación mineral, vino a decírmelo con cierta cordialidad enigmática. Primero me habló de los seres elementales que custodian el bosque, de la colisión de los planos de tiempo y espacio, de las dimensiones superiores a la realidad física y las reencarnaciones sucesivas de una misma consciencia. Luego me contó su historia personal con la naturalidad de un recuerdo reciente: M. murió en un bombardeo en Afganistán, fue sacerdote en Estados Unidos, tuvo fortunas en Canadá a mediados del siglo XIX y fue un discípulo aventajado de Merlín. Sabía de sus vidas pasadas por la práctica de los registros akáshicos, un archivo universal de los pensamientos, acontecimientos y expresiones de todas las entidades y formas de vida a lo largo del tiempo. Esta idea, a la vez enciclopédica y borgeana, bastó para proponerle continuar la conversación.

A la semana fuimos a comer en el mercado de Coyoacán. Lo acompañaba un antiguo soldado francés que había muerto de inanición en una isla desierta y reencarnado después en un tímido funcionario del Servicio de Administración Tributaria. Imaginé que tendría una clase magistral de antroposofía, con claves secretas para identificar elfos, duendes y salamandras en las zonas arboladas de la ciudad. Obtuve, creo, algo mejor: una conversación sin resistencias. Un demo del lado esotérico de la interacción humana, despojada de marcas y semblantes artificiales. Ahora, al recordar a M. contándome su muerte trágica en Kabul mientras le ponía más habanero a su filete de pollo, puedo verlo con una claridad precisa: las conversaciones más francas se parecen a estas, donde el misterio de uno mismo y de los otros se procesa en una zona libre de imaginación. Espacios donde las certezas y los juicios están rendidos al juego de una mente ilimitada. Donde todos somos, al final del día, criaturas gentiles pegadas a la tierra.



PASILLO ESCUELA DE LETRAS, UCV / ARCHIVO

Fedosy Santaella

Una conversación nunca se acaba

Para las conversaciones, nada mejor que la juventud. Me acuerdo, por ejemplo, en la escuela de Letras de la Central, sentado en el piso, y a mi lado, en un banco un flaco elegante que me dijo, así de la nada: “Somos estudiantes de Letras, el buen gusto de la vida, hay que tener dignidad y no sentarse en el piso”. Fue anti-pático, lo sé, pero valoro sus palabras. Y sí, fue una conversación, porque todavía hoy converso con esas palabras. Del flaco no supe más. A lo mejor nunca existió.

Hace décadas estuve sobre la cubierta alta de un rompehielos en la Antártida. Se llamaba profesor Multanovsky y había sido un barco científico durante la URSS. Yo formaba parte de un equipo de televisión, y en esa noche eterna de polo sur me acompañaba el sonidista. Sabía de constelaciones, y trató de identificarlas, pero se le hizo difícil, porque, tal como me explicó, aquel cielo estaba tan limpio que era difícil precisarlas. Y es así como comprendí que entre nosotros y el mundo hay contaminantes. Todo está saturado por las emanaciones físicas y espirituales del hombre. Debemos limpiarnos la mirada e intentar mirar realmente. Pienso que es esa la esencia de la poesía.

Fui invitado a la Texas Tech University por el poeta y profesor Curtis Bauer. Curtis habla perfecto español, está casado con una española hermosa de origen vasco. Recuerdo mi primera noche en casa de ambos. Estuvimos conversando durante horas. Hablamos de todo y de nada. Yo había conocido a Curtis por correo unos días antes, pero cuando nos encontramos en Texas fue como si hubiésemos sido amigos desde siempre. Hace poco me dijo que esa noche hablamos de uno de mis cuentos. De “El Belizná del bosque”, que se encuentra en *Ciudades que ya no existen*. Me contó también que escribió un poema inspirado en esa palabra. Un poema que habla de la cara blanca de la vida, de un abuelo, de un caballo que se congeló en la nieve. No importa lo que conversamos, importa la sensación de haber permanecido durante unas horas dentro de una esfera atemporal, confortable, segura. Una esfera que nos dio un lugar en el mundo, al contrario del *belizná*, que te pierde en las estepas cubiertas de nieve infinita. La sensación de la conversación, eso es lo que importa.

Una vez en Nueva York conversé con una amiga china en uno de los tantos delis de la ciudad. Yo había bajado alrededor de las diez a cenar cualquier cosa y allí nos encontramos por casualidad. Sentados en el comedor vacío de la segunda planta, ella comenzó a hablarme con tristeza. Estaba enamorada de un hombre y se habían visto esa noche. El hombre había sido frío con ella. Sabía mi amiga que no lo vería más. Estábamos de paso por Nueva York. Yo vivía en Caracas, ella en Londres, y aquel hombre que amaba estaba, desde ya, lejos de ella. Yo no dije nada, yo solo estaba allí para escucharla.

¿Esto puede entenderse como una conversación?

El gordo y yo estábamos en El barco de Colón, en La Candelaria. Habíamos estado leyendo *El péndulo de Foucault* y otros libros de esoterismo. El gordo decía que los libreros eran parte de la Gran Conspiración Secreta. Me señalaba líneas de librerías que iban desde Sábana Grande hasta Plaza Venezuela. Éramos geniales y estábamos descubriendo los grandes misterios del mundo. Hoy día me río, y agradezco.

Mi papá intentó meterme en una escuela militar cuando salí de primaria. Yo reprobé a propósito las pruebas de admisión y no entré, claro está. Años después conversé con él al respecto. Dijo que sabía que yo había fallado exprofeso. Entonces me explicó que él había crecido sin padre, que nunca tuvo claro cómo criar a un hijo y en consecuencia le había parecido una buena idea meterme en una escuela militar. Yo ya era un estudiante de Letras. Ese día, papá me pidió disculpas. Yo le respondí que no pasaba nada. Quedamos en silencio. El silencio fue paz entre nosotros.

En los últimos años he conversado mucho con mi hijo, que ahora tiene diecisiete. Hemos hablado de cine, de mangas, de animé. Hemos hablado de lo que es ser uno mismo. Me enorgullece poder hablar de esta manera con mi hijo. Espero que estas conversaciones le queden, que le traigan paz, incluso cuando yo no esté.

También creo que hay conversaciones que no deben contarse jamás. Que deben permanecer dentro. Que si las cuentas, el aire

que expulsarás dejará ir el aura sagrada que las conserva y las perderás para siempre, así como un trozo de tu alma. Conversaciones además que, si las cuento, la gente me creará loco. Y mejor seguir aparentado cordura.



Salvador Fleján

Diálogos digestos

En una oportunidad el escritor Federico Vegas me hizo la siguiente propuesta: “Chico, ¿y si escribimos un libro sobre la mierda? Si hay libros de recetas de cocina, por qué no hacerlos sobre el pupú, que es su antípoda. Total, eso también es un síntoma de salud”, arguyó el autor de *Falke*, una tarde en la terraza de su casa mientras paladeábamos un escocés.

Aquella extraña proposición había caído en el olvido hasta hace pocos días en que unos amigos de un grupo de WhatsApp del que soy miembro la rescataron de manera involuntaria. Uno de ellos, D, si mal no recuerdo, comenzó a relatar algo que él bautizó como “historias de popó”. Cuando comenzó su narración, caí en cuenta de que aquel era el tipo de evento por el que todos alguna vez hemos pasado. Algo así como enamorarse, sacarse la sangre o ser atacado. D cuenta que aquella mañana desayunó muy temprano (“café con leche tetero, una arepa de caraota y queso rallado. Completaría, además, con medio croissant dulce alegando que la arepa era muy chiquita”). Se fue a pie hasta la parada para ir a dar clases a la Facultad de Humanidades. D es filósofo.



FEDERICO VEGAS / ©VASCO SZINETAR

El bus que lo llevaría a la UCV tardaba más de la cuenta, cosa que no hubiera reportado mayor inconveniente a no ser por la visita inesperada de algunos vientos huracanados en el interior de su aparato digestivo. Relata que al principio fue algo parecido a esa brisa marina que pega en la playa después de las 5 de la tarde. Una sensación agradable y liberadora. Eran inocentes y silenciosos vientos alisios que el filósofo controlaba a placer mientras leía algunos apuntes sobre Walter Benjamin que tenía garabateados en una guía. Pero de pronto todo se ensombreció. Una corriente a barlovento cargada de humedades lo alertó de tempestades mayores. Mientras todo esto ocurría, el carrito de la línea de la UCV se acercaba, al fin, a la parada. Cuenta el filósofo que aquel último y centelleante céfiro lo puso en duda si continuar o no con su travesía. “Uno tiene que ser valiente en la vida. Apenas entré al carrito, la gente me abrió cancha como si tuviera lepra. Hasta una señora me ofreció su puesto al fondo. Cuando llegué a la universidad, me encerré en uno de los baños de la facultad y me dispuse a hacer control de daños. El saldo fue un interior perdido y media hora de clases tratando de poner presentables mis bluyines para la clase”.

Inmediatamente le tocaría el turno a J, otro miembro del grupo que vive en Sarasota. J es publicista y tiene muchos años viviendo al noroeste de la Florida. Sin embargo, con frecuencia regresa a su querida Venezuela por algún trámite o simple placer. Fue en uno de esos retornos a la patria cuando le ocurrió su “historia marrón”. J, como buen publicista que es, mandó su relato en varios audios de WhatsApp con su voz grave de jefe vikingo. Esta es más o menos la reconstrucción:

Audio 1: “Veníamos de firmar la venta de un apartamento en Puerto Píritu de la familia. La cosa había sido de un día para otro y al siguiente día salimos temprano sin desayunar”.

Audio 2: “A mitad de camino le digo a mi cuñado que cuando vea algo sabroso en la carretera que se pare. Me estaba muriendo de hambre”.

Audio 3: “Me quedé dormido no sé cuánto tiempo y cuando desperté mi cuñado se estaba orillando en uno de esos puestos de comida que hay en El Guapo”.

Audio 4: “El caso es que nos bajamos el cuñado, mi esposa y yo. Nos sentamos en un puesto grandísimo que olía a café y a arepa al carbón. De verdad que tenía hambre y exageré un pelo cuando vino la señora a tomar el pedido”.

Audio 5: “Ellos pidieron sus arepas de queso guayanés y agüita mineral. ¿Adivina que pidió el troglodita este?: Me lancé mi barranco de cachapa de cochino frito con dos tapas de queso de mano bien gordas. No le puse mayonesa de vaina. Tenía hambre, men”.

Audio 6: “Cuando entré de nuevo en la camioneta el aire acondicionado y todo lo que tragué me bajaron el suiche. Mi cuñado cuenta que la cola lo agarró saliendo de Guatire y que fue como hora y media sin que nada se moviera. No hay nada peor que te despierte un corrientazo y que este provenga de tu propio cuerpo”.

Audio 7: “El retorcijón me vino cuando babeaba el vidrio del copiloto. Una cosa horrible. Pensé que tenía un murciélago revoloteándome en las tripas”.

Audio 8: “Chamo, párate aquí”. Mi cuñado cuenta que estaba más blanco que Gasparín, el fantasma amigable”.

Audio 9: “El cuñado se paró en una explanada desértica entre Guatire y Guarenas, en donde lo que faltaba era que me encontrara con el rodaje de Mad Max 7”.

Audio 10: “Ni sé cómo llegué a una casita que estaba a pocos metros de donde nos estacionamos”.

Audio 11: “El señor de la casita pensó que era bombero cuando le dije que tenía una ‘emergencia’. Eso puede que me haya salvado”.

Audio 12: “El baño de la casucha hacía esfuerzos por albergarme. Creo que hice un pequeño desastre en la primera eyección”.

Audio 13: “En realidad todo fue un desastre”.

Audio 14: “Manché unos Nikes de 200 dólares que había comprado en el lanzamiento de un modelo de la marca. Bueno, la franela que llevaba puesta también había llevado lo suyo”.

Audio 15: “Me devolví a la camioneta y saqué una grosera cantidad de efectivo y se la entregué al dueño de la casita. Su cara después de la ‘emergencia’ jamás la olvidaré”.



Keila Vall De La Ville

El vacío [bello] de Mark Strand

To stare at nothing is to learn by heart
The Night, The Porch
Mark Strand

Qué es una conversación memorable, me pregunté. Qué hace de una conversación algo memorable. La autoridad moral, intelectual, espiritual de quien habla, me dije. El contenido mismo del mensaje y el contexto en el que ese mensaje fue proferido; el momento vital en el que esas palabras ahora instaladas fueron dichas y recibidas: cambiaron en cierto modo la constitución de quien las pronunció y de quien las oyó, y esto les ofreció estabilidad y permanencia, me respondí insuficiente.

Varias imágenes vinieron a mi rescate como en una sala oscura. Se sucedieron intercambios con extraños: suelo hablar con desconocidos y el ritual es un fin en sí mismo, romper membranas y atravesarlas es mi empeñamiento, aunque además, sé que esas conversaciones suelen asomar verdades. De la sala oscura rescaté a mis abuelos catalanes y la guerra civil, a los venezolanos y sus consejos cotidianos. Vi a mi padre, con quien camino y converso mucho, y de quien heredé la costumbre de despertar antes del amanecer, a la hora del silencio. Vi a mi madre, que hace varias vidas buscando apaciguar mi miedo me aseguró que callar es también una manera de estar. Aparecieron mis hijos, el uno gran conversador aunque dicen más sus gestos que sus palabras; el otro más bien tímido, el que conversa menos es quizá el que más ve. Dos mensajes de mi maestro de yoga pasaron fugaces, llegaron sujetos a cierta secrecía. No se dejaron atrapar. Aparecieron los rostros de algunos escritores.

Se encendió la luz de la sala cuando corroboré el conflicto, todo encuentro revelador requiere intimidad para mantener su aura, el poder de la palabra no viene dado sin responsabilidad, y pronunciar un sonido en tiempo real o diferido lleva su peso. Vi en definitiva colapsar la misión que me trae a estas páginas al comprender que una conversación inolvidable lo es además en virtud de eso que llamaré éter, quintaesencia, *akāsa*, sustancia desvanecedora de fisuras, aquello en lo que viaja el mensaje, respiro y mirada, una comunión entre dos. Lo memorable está sujeto a los sentidos abiertos de quien da y recibe. Nace de la palabra y a la vez se aproxima en silencio. Quizá compartir esa comunión es



Graciela Yañez Vicentini

Los mensajeros

La conversación es un arte, un arte educado
Augusto Monterroso

También es un arte interrumpido. Intermitente. Hay conversaciones que duran toda una vida, o que la trascienden: uno sigue hablando con sus muertos. Yo, por ejemplo, soy famosa por hablarle a mis fantasmas (Egarim Mirage les escribe poemas, yo les hablo). Las respuestas que me dan son inverosímiles. Uno entiende que esto que llamamos vida es increíble cuando continúa dando pasos bajo la tutela de respuestas implícitas, no pronunciadas, que retumban en el cerebro mucho más que los silencios que nos rodean.

Me pasa a menudo con Armando, que me habla de tantas maneras. Busca ángeles, intermediarios, mensajeros. A veces creo que es una nube (sí, Edda, lo he pensado). Otras, me pasa papeletas a través de correspondencias ajenas; me susurra mientras me estoy tomando un té con un amigo en común; me cuida y vigila hasta que yo tenga techo, un lugar tranquilo donde dormir y escribir (qué más puede pedirle al mundo).

Las primeras veces me lo hizo en vida. Yo había sido víctima –odio esa palabra, pero qué más da– de maltrato laboral en dos lugares que amaba profundamente. Armando agarró el teléfono, dijo que no seguiría dando su taller ahí si no iba a ser bajo mi coordinación. Y así fue. En la primera ocasión, seguí coordinando el taller, *off the records*, aunque ya no trabajaba ahí. La segunda vez Armando fue más radical: se llevó su taller conmigo. Como ese era un taller de mística, le busqué una capilla para dictarlo. Lo sorprendente fue que él no me hiciera alarde de su lealtad (me enteré por terceros: nuestra conversación siempre ha estado atravesada por mensajeros). Además de ser un amigo incondicional, Armando era ético y discreto. No se puede decir eso de mucha gente en los tiempos que corren.

Cuando Armando se enfermó, se alojó en casa de su hada madrina Luisa Helena, quien, atrapada fuera del país por la pandemia, lo cuidaba a través de otros. Yo llamaba, pero no lograba dar con él. Tenía la mala suerte de que él estaba en el médico, durmiendo, o no podía hablar. Lo del celular era otro calvario, le conté a Kira: creo que hasta hablé con el malandro que le había robado el teléfono, aquella vez, frente a su casa. Una noche, desesperada porque no lo conseguía –sabía que Armando se nos iba–, le escribí una carta. Estaba escuchando “Angel” de Sarah McLachlan, y la imagen de Armando vino a mí: tuve que escri-



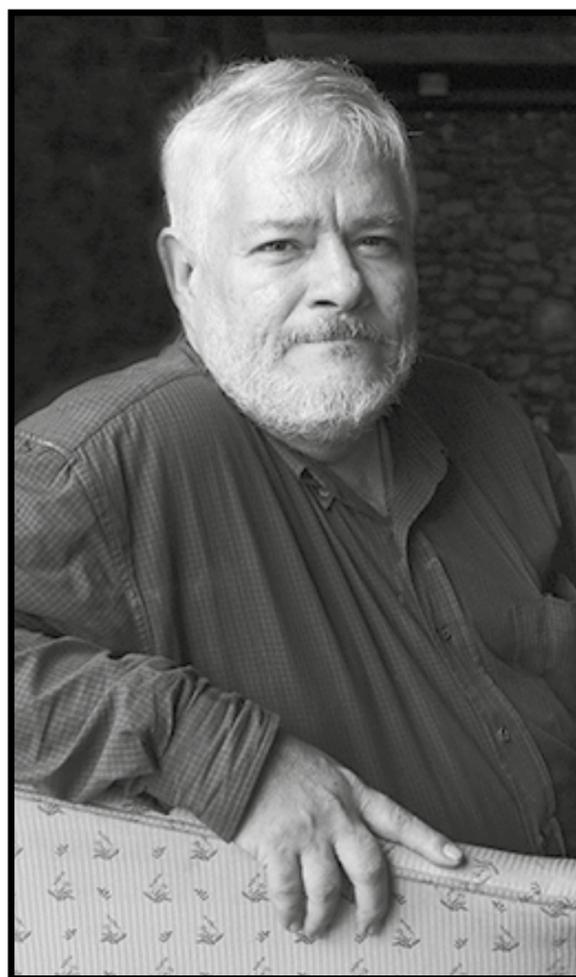
MARK STRAND, SERIE FRENTE AL ESPEJO / ©VASCO SZINETAR

una manera de honrarla, me digo entonces. No es secreto para nadie que soy lenta: tanto dar vueltas para volver al inicio.

A Mark Strand me unen tres encuentros y un mensaje. Coincidimos en Caracas en 2010 en ocasión del bautizo de su libro de poemas selectos *Nada Ocurra* en la Librería El Buscón, cuando leí su poema “The Night, The Porch” / “La noche, el porche” luego de lo que me senté a su lado, hablamos un poco e intercambiamos libros. La segunda vez en el segundo piso de la emblemática librería neoyorquina The Strand, en la presentación de *Almost Impossible*. Su humanidad invitaba una particular cercanía, así que con todo y tendencia introvertida y escueto inglés de recién llegada a esta ciudad isla, me acerqué. *I remember you*, dijo. Hizo preguntas, tres comentarios sobre la situación venezolana y los estudiantes recién llegados a NYU –pioneros de lo que sería nuestra diáspora– y nos despedimos. La tercera y última vez que coincidí con Strand fue cuando, impulsada por mi intuición determinada sobre la unidad entre lo bello y lo sublime, me propuse compilar una antología de ensayos y poemas sobre el tema, y le escribí.

Respondió con generosidad, le envié un ensayo como faro, y acusó recibo advirtiéndome: “no tengo mucho qué decir sobre la belleza. En mi colaboración intentaré explicar por qué”. Siguió un largo silencio y luego una serie de emails mínimos sobre viajes a Madrid y la poesía o su imposibilidad, y noticias sobre un malestar que exigía exámenes médicos, distintos diagnósticos, dietas, a los que yo respondí recomendando yoga y compañía de seres queridos, y no, por favor no escribir nada sobre lo bello, eso podía esperar. Posponíamos la belleza tanto como vislumbrábamos un final. Frente a la muerte lastima el aliento, que arraiga, que promete, que ilumina, tanto como lastima el precipicio ante el que no queda más que rendirse. Quién quiere apegarse cuando está a punto de saltar. La belleza duele porque invita al apego, el silencio del maestro decía más que mil ensayos o poemas sobre el tema. Su último mensaje en mi buzón termina así: “*I simply was not able to help you out at the last moment. Yours, Mark*”

Strand aparece ahora en la dedicatoria del libro, ofrece el vacío que todo lo bello requiere para existir.



ARMANDO ROJAS GUARDIA / ©VASCO SZINETAR

birle. Le mandé el correo, no obtuve respuesta. Unos días después, vi que le dio “like” o “love”, en Facebook, a una foto que puso Alejandro de nosotros tres juntos (quizás de nuestra aventura margariteña), y supe que Armando estaba bien conmigo: alguien le habría dado mis mensajes.

Luego vinieron los días en la clínica, y logré sentarme a su lado, llorar, agradecerle todo lo que me había dado. No tuve la suerte de que sus momentos de vigilia y lucidez coincidieran con mis visitas, nunca me miró con los ojos abiertos. No supe si me escuchaba.

Pasaron unos meses. Fui con Kira a ayudar a recoger las cosas de Armando, en su apartamento de La Florida. Me encontré con sus carpetas, con los ejercicios de sus talleristas, incluyendo los

de amigos cercanos y los míos, textos fotocopiados, donde reconocí mi letra. Armando conservaba todo.

Otro día, me llegó un correo de Antonio, con su texto para Armando que iba a encabezar el homenaje que Nelson me pidió coordinara para este *Papel Literario*. Al final de su texto, se había colado un trozo de un correo de Armando –con “abrazo cósmico” incluido–, en el que le solicitaba a Antonio que tres escritores nacidos en los 80 y yo estuviéramos en el libro que preparaba como retrato de nuestra generación. El margen de fecha de nacimiento –instaba Armando– tenía que incluir nuestra década, porque nosotros cuatro no podíamos quedar por fuera. Leí esto con asombro y me senté a llorar.

Los mensajes siguieron con el pasar del tiempo. Hace años le había hablado a Nelson sobre la curiosa sucesión de casas que yo había habitado: primero Yolanda, luego Rafael, y Nelson exclamó: “¡Cónchale, el grupo Tráfico en tu biografía va a ocupar todo un capítulo! ¿Quién va a ser el próximo?”. Ahora quería mudarme y Armando –consciente de que era su turno– mandó sus mensajeros: Luisa Helena e Ignacio me hicieron ofertas. Cuando finalmente opté por volver a La Florida, soñé con Armando. Lo abrazaba, le daba las gracias, y le decía que ahora podría volver a asistir caminando a su taller de los lunes, como hice durante años.

Pero el mensaje más contundente llegó la tarde que me senté con Ignacio a tomar un té de *blueberry*, con aroma a mi poemario por venir. Conversando con Ignacio, que es quizás lo más cercano que tengo a conversar con Armando (sospecho que a Alejandro le pasa parecido), me llegó, además de un recuerdo, la respuesta a mi carta. Ignacio me preguntaba si alguna vez le había obsequiado a Armando un poemario de portada negra, dedicado, con poemas escogidos y marcados. Se vino a mi cabeza la imagen del libro de Lorenzo Oliván, con su poema sobre el jazz, que –entre otros– me había sonado tanto a Armando. ¡Claro, yo le había regalado ese libro! No contento con devolverme ese momento, Ignacio me preguntó entonces si, cerca del fin, recordaba haberle escrito una carta a Armando. Pasmada, le dije que sí. Armando le había hablado de dos cartas “bellísimas” que sentía que tenía que contestar. Ignacio lo calmaba diciéndole que no se preocupara si sentía que no podía –pero es que eran *bellísimas*, insistía Armando– e Ignacio me lo contaba, así, con el énfasis que me hacía oír la voz de Armando pronunciándolo. Una era de su ángel guardián Ana María, con quien se carteaba a menudo; la otra era la mía, que le habrá resultado infrecuente. No podía creerlo. Armando había leído mi carta: le había llegado mi recado sobre los ángeles. Esa noche llegué a casa a buscar el correo; agradecida, para que lo leyera de primera mano, se lo reenvió a Ignacio, nuestro mensajero, que sabe que yo no soy una persona religiosa (en medio de mi “ateísmo angelical”, como lo llama). Armando también lo sabía. Pero hay cosas, conversaciones en la vida, que –así como nunca terminan– nos hacen creer. Nos llenan el camino de indicios: señales que son como un mapa de fe; el arte, quizás, de habitar poéticamente el mundo. Esa conversación, esa gracia, también se la debo a Armando.



Faitha Nahmens Larrazábal

Que se prodigue el con-besar, que se promueva el conversar

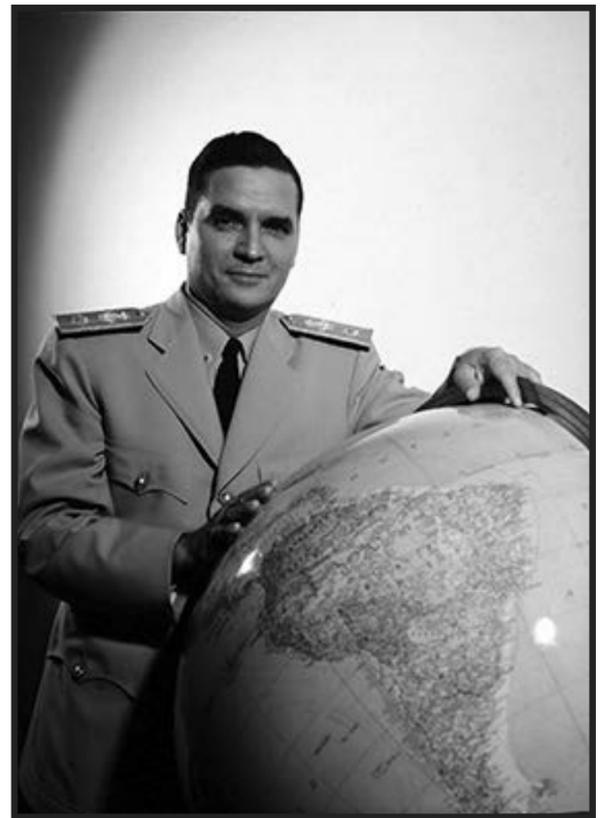
Conversar, aun con el *que sí* y el *que no* –pero con ánimo nutritivo, no disruptivo–, es una delicia: como ir *con versos* o *con besos*; y como ocurre con toda interacción que logre, ay, la plenitud. Es un arte que no solo desata, desfoga y libera del soliloquio tenaz que lleva a hervor nuestras neuronas. Una conversación –cuando no se propone a toda costa convencer y vencer, pero sí enriquecer–, provee de luces, ideas frescas, y hasta parecen las palabras que se entrelazan que hacen rizos cosquillosos en el área de Broca, hemisferio izquierdo. Apuesta humana, social, civilizatoria, política y platónica que establece vínculos y relaciones –las palabras abrazan, las palabras transportan guiños–, conversar es un anzuelo, también una tentadora travesía y sin duda un acceso a la compañía; y desde la fantástica intención de entender/se y comprender/nos, es una manera de construir algo tan fascinante como los puentes, que ya se sabe que conectan y salvan.

Conversar es tan seductor como un baile: comienza con ese primer paso exploratorio y aproximativo hacia el misterio que somos, por el placer mismo de tantear cómo dos, o cientos con sus banderas en un chat, vemos el mundo, y prosigue con la muy recomendada y democrática costumbre de oírnos –sentidos y seseras atentos– no solo para confirmarnos como tribu sectaria sino, ojalá, para allanar las zanjadas de nuestras diferencias, acomodados, claro, no en trincheras sino en una prolongada sobremesa (¿o interactiva sobrecama!). Si deriva en debate de altura, que sirva para actualizar las ideas y preservar las mejores; que las ideas necesiten oxigenarse, antes que chamuscarse con los embates de dos lenguas de fuego trenzadas en la ofuscación: *las personas merecen respeto, las ideas tienen que ganárselo* dice la

bióloga Guadalupe Nogués.

Unos investigadores intrigados en por qué aquel grupo de italianos en Estados Unidos vivían tan distanciados de la consulta médica, aun sin rehuirle al menú de pizzas, espagueti carbonara, tiramisú y vino, es decir cómo se las arreglaban para escabullirse a los problemas cardíacos pese a la ingesta calórica, convinieron en que la única explicación era la cita diaria de los paisanos para conversar. ¡Cuán succulentas serían sus conversaciones! Como hipnótica la voz de Sherezade, que apaciguó al sultán vengativo demoliendo su rutina criminal de desposar a una virgen y matarla al día siguiente con su encanto de narradora que lo embelesó. La respuesta del babeado y silencioso contertulio fue categórica: le perdona la vida. Es que a veces las conversaciones se parecen al fuego: pueden extinguirse o crecer hasta perder el control; pero hemos aprendido tanto a mantenerlo vivo como a apagarlo. Así hay que conversar: con calidez irrefutable. Con buena voz, con buen oído. Y con libertad. Para aunar la paz, para exudar amores.

Catalina la Grande y Voltaire se escribieron quince años, hasta la muerte de él, nunca se conocieron, ay, pero ella –posible amante de Francisco de Miranda durante la estancia del caraqueño universal en Rusia–, lo lloró amargamente. Las palabras pueden entrañar terremotos y consignarlos en destinos remotos, otro corazón. Conversando algo crece, uno también. (Crecí anhelando una mejor Venezuela oyendo –niñita escondida detrás del sofá, en el sótano de casa– a mi tío Wolfgang Larrazábal conversar con otros políticos sobre cómo restañar el mapa per sé soñado del amado país). Así lo presagia el hermoso diálogo con que comienza la película *Ronald Dahl's Esio Trot*. Conversando,



WOLFGANG LARRAZÁBAL / LIFE

un romance está por crecer.

De balcón a balcón Judi Dench y Dustin Hoffman hablan de la tortuga de ella *que no crece*:

—Yo tampoco soy muy alto, dice él

—Yo quería serlo desde que tenía 11. Me esmeré tanto que hasta le pagué a un joven para que me besara cada mañana porque ¡él me aseguró que los besos hacían crecer! —contesta ella.



Sara Maneiro

Estampas circenses

A la manera de un mago que saca sorpresivamente un conejo de un sombrero, el escritor venezolano Adriano González León recita de memoria sus recuerdos nostálgicos del mundo circense en Venezuela. Rememora al Circo Razzore, hundido trágicamente el 1 de septiembre de 1948 en el mar Caribe, con payasos, elefantes, músicos, equilibristas y bailadores a bordo, cuando se dirigía de Cuba a Cartagena en una gira que lo traería por tercera vez a Venezuela. Todo se perdió: 60 animales amaestrados y 56 personas. Se salvaron el dueño, quien viajó en avión a organizar el espectáculo a Cartagena, y 6 miembros del equipo que fueron rescatados milagrosamente en costas colombianas.

Y entre sollozos y lágrimas, Adriano nos cuenta, que él casi se sabía todos los nombres de la gente del circo, de la trapecista y de la mujer araña, por ejemplo. Los circos acampaban en terrenos baldíos; había asientos preferencia, luneta y alegría; y los payasos intermediarios, con grandes manos y botas, divertían al público mientras se instalaba el gran espectáculo de los equilibristas, el salto mortal y la visita a los leones.

Narra también la visita de los circos Arriola, Atayde, Razzore, y uno medio norteamericano llamado Zoo Circus que organizó en su ciudad, Valera, un espectáculo único en la historia circense: la pelea de un león extranjero contra un toro de la ganadería local. Todo se hizo dentro de una jaula. Y desde temprano el león agarró por la trompa al toro sin compasión. El público se abalanzó sobre la jaula y le lloraba y le pedía resurrección: “¡torito!”, le decían, “¡levántate!”... y el toro se levantó y lanzó al león contra la reja. Aunque era el ensayo general, los empresarios suspendieron la sesión. Pero la lucha había sido anunciada a muerte y el pueblo de Valera no permitió que le arrebataran su triunfo y abatido por el trágico recuerdo, comenta entre lágrimas, que el circo ardió por todos los costados y el fuego se extendió hasta los cañaverales del río.

Y sobre Blacamán, quien motiva esta conversación, era un personaje que llevaba una enorme melena y se hacía pasar por hindú, pero yo creo que era un colombiano que había aprendido la facultad increíble de neutralizar a los cocodrilos. Y su gran espectáculo era meter la cabeza dentro de ellos. Era su fuente de trabajo. En el Razzore había una muchacha que se acostaba y el elefante le ponía la pata en el pecho. Y aquello electrificaba a todo el mundo. Y el Arriola tenía un gran espectáculo musical con ponis y muchachas muy lindas que le daban vuelta al ruedo y decían girando como en un carrusel: “¡Arriola presenta...!” Y todo era una fiesta absoluta. Era lo que cambiaba el orden de la comunidad. Todos los muchachos salían a la calle porque el circo entraba con su cordel de payasos, de animales, y de músicos haciendo ruido. Y una vez que el circo levantaba su carpas, todos los muchachos que estábamos enamorados de la trapecista sentíamos una gran tristeza, una gran nostalgia, y no queríamos ver cuando se iban. Un circo es el estadio del alma, porque es una reunión de solitarios y de gente que se congrega para alejar su soledad. Era la oportunidad para que los desplazados pudieran ejercer su poderío... Y de pronto la gente se preguntaba, “¿qué pasó con fulano y su circo? Bueno, le fue muy mal. Hubo un incendio que tomó la carpas y el vestuario. Trató de recuperarse y no pudo... y hasta el enano comenzó a crecer.

Colofón

A manera de cierre jocoso a estas memorias, Adriano trae a colación una anécdota de Miguel Otero Silva sobre un viaje que hizo de Barcelona al Tigre por carretera con su amigo Perucho



Garroni, después de una noche social y extendida.

—Perucho —le dijo Miguel—, veo una jirafa... y además veo un león en una jaula...

—¿Y qué más ves?

—Veo a alguien dando vueltas en una cuerda.

—¿Eso ves Miguel? Porque eso también. Lo estoy viendo

—Entonces nos estamos volviendo locos los dos.

Se detuvieron al borde de la carretera para darse cuenta que se trataba de la caravana del Circo Razzore que se desplazaba a pie de Ciudad Bolívar al Tigre.

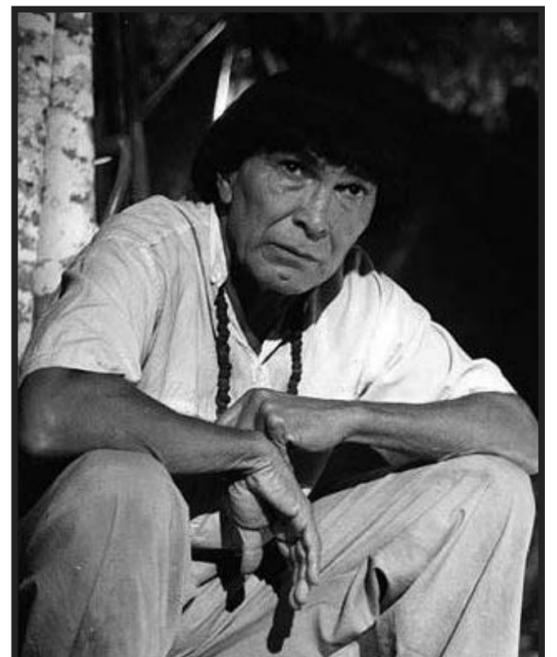
* Esta conversación con Adriano González León se desarrolla a propósito de un reportaje sobre Blacamán, el domador de fieras, para la Edición Aniversaria de *El Nacional*, 3 de agosto de 2000. Su título es “La melena agresiva”.



Sergio Dahbar

José Torres: “Hay muchas cosas que no me creo de mí”

Hacia 1982, por la gracia de un premio literario, recorrí Francia, Italia y España, con un morral en la espalda. Una noche caminaba por Trastévere en Roma y me tropecé con un venezolano. Descubrí que era el actor de televisión y cine José Torres (Tocuyito, 1911). Había regresado a Venezuela diez años atrás y ahora volvía a la ciudad eterna donde había sido feliz. Por momentos me pareció que lloraba. Ese nombre suyo, casi un John Doe vernáculo, escondía una trayectoria impresionante. Había actuado en la primera telenovela de Televisa (después Venevisión) en Venezuela: *La criada de la granja* (1953). “En 1959 Wolfgang Larrazábal, presidente de la junta de Gobierno, me ayudó a conseguir una beca para estudiar cine en Italia”. Dejó todo lo que estaba haciendo en ese momento y se fue a Europa. Así entró en el espiral de una moda que le daría de comer a muchos extras en España, Italia y Yugoslavia: el *western spaguetti*. Siempre interpretaba a los mexicanos que mataban más rápido. Trabajó en 40 producciones bajo el sol. Compartió rodajes con Orson Welles, Norman Mailer, Terence Hill, Lee Van Cleef, Steve Reeves, Paco Rabal, etcétera. En 1972 regresó a Venezuela y reapareció en el cine local. Una telenovela, *Ka Ina* (1995), lo convirtió en personaje popular: Tacupay, indio fiel, compañero de Maniña Yerichana. Hoy tiene 98 años y vive en Catia La Mar. Está lúcido. Y recuerda con cariño su pasado. “Hay muchas cosas que no me creo de mí”, dice. El país no ha sido justo con el tamaño de su leyenda. Abrió un restaurant, para sobrevivir, *La chocita de Tacupay*, y el gobierno de Vargas se la demolió para desarrollar Misión Vivienda. Nunca pierde la esperanza ni las ganas de trabajar. Casi centenario, repite: “Soy un actor a la espera de un director y un personaje”. ¡Chapeau, Tacupay!



JOSÉ TORRES / ARCHIVO



Krina Ber

Un œuf qui veut se faire bronzer les pieds

Busco en mi memoria una conversación valiosa cuyo peso había dejado huella en mi vida o, al menos, alguna frase que atesoro porque me fue dirigida por una persona valiosa. Las hubo, cómo no. No obstante, lo primero que se cuela en mi consciencia es una tontería absoluta. Me asombra que aún recuerde, a medio siglo de distancia, esa pequeña conversación con dos colegas de la facultad, los manteles cuadrículados y la nieve en las ventanas de la cafetería del antiguo edificio de la *École Polytechnique Fédérale de Lausanne*.

Ni siquiera era una conversación. Era la típica escaramuza verbal en la que dos varones compiten por la atención de una chica burlándose un poco de ella. Ataque, defensa y risas. Con mi horrible pronunciación en francés lo tenían fácil.

—Krina, repite por favor: “*mes cheveux sont bleus*” —pidió uno. Me negué: mi pelo era castaño y rubio, no azul.

—Te tengo una mejor —propuso otro—. Di: “*Un œuf qui veut se faire bronzer les pieds*”.

La frase disparó carcajadas. ¿Un huevo que quiere broncearse los pies? ¿En serio?

—No esperes que diga algo tan estúpido.

El primero volvió a la carga con una petición más sencilla.

—Di: “Caracas”.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no necesito decirlo. Nunca tuve una razón para usar esta palabra y no veo por qué la tendría.

Cinco años después recordé esa respuesta en el avión para Venezuela. Y durante treinta años siguientes, mi esposo —que era uno de ellos— de vez en cuando, para cortar una discusión, me abrazaba y me susurraba al oído:

—Krina, di: “*Un œuf qui veut se faire bronzer les pieds*”.



Mario Morenza

Los testigos

I
Nunca había estado tan temprano en la universidad desde la época en que lidiaba con la bendita prueba de aptitud académica. En ese entonces debía responder en modo selección múltiple miles de preguntas sobre cultura general, matemáticas, ecuaciones, secuencia lógica; y rellenar como loco los óvalos de la opción que creía correcta. De eso dependía mi futuro. De eso dependía mi ingreso o no en la universidad y ser alguien en la vida.

Cuando ya culminaba mi pregrado se efectuaron las últimas elecciones celebradas en la UCV. Era 2008 y como estudiante jamás pude votar. Un clásico cangrejo burocrático que nadie fue capaz de resolver.

Me gradué y poco después comencé a trabajar en el Instituto de Investigaciones Literarias. Mi momento favorito en este empleo han sido las sobremesas. Allí ha estado el más genuino aprendizaje de los últimos años. Lo humano. El arte, la literatura, buen provecho, el último capítulo de *GoT*, el país y el café en armónico ritual. La sobremesa: un espacio y tiempo para la conversación.

Progresivamente, la desidia, la pésima administración, nos ha desgajado las conversaciones. Las de la sobremesa, las de las aulas, las de los cafés en Ingeniería. Las de uno mismo.

Entonces, allí estaba con mi amigo y profe Ángel Gustavo Infante, quien ya había sido mi tutor, director del Instituto, y ese día, el 9 de junio de 2023, desde las siete de la mañana, desempeñaríamos un rol: sin sobremesa solo seríamos testigos de mesa de las primeras elecciones en la UCV desde hace más de quince años.

Con relajado entusiasmo, nos preparamos mentalmente para ser testigos ejemplares. Y hasta grupo de choque, si se presentaba alguna situación. Grupo de Choque. *Made in Coche*, dije yo; solo nos limitaremos a mirar y advertir cualquier irregularidad, dijo él. Por sentido común, nuestro papel era más bien pasivo, y se resumía en una palabra: *vigilar*. Entonces, mientras vigilamos, conversaremos. Ese era nuestro lema, el plan perfecto contra el hastío. Tarea sin muchas complicaciones. Pero no podíamos estar más equivocados.

IIa

Al llegar a la Facultad de Humanidades se nos informó que los miembros de mesa por alguna razón aún no se presentaban. La cosa no pintaba para nada bien. En realidad, las cosas en la universidad nunca pintan para nada bien. Urgía un cambio en el *bullpen*. Disponer de los testigos de mesa y que estos pasaran a ser miembros. Es decir, atender, organizar, sellar, orientar a los votantes extraviados. Y allí fue que tuve aquel *flashback* con las traumáticas pruebas de aptitud académica de mi adolescencia.

Desde temprano, persistía una atmósfera confusa entre festiva y ceremonia luctuosa. Entre carnaval y teatro del absurdo. Siempre me pareció curioso que se utilizara la palabra *urna* para el ataúd y la caja de cartón de los votos. Quizá para recordarnos que nada es más democrático que la muerte. En cierto sentido votar es pactar un desenlace, una confesión lapidaria que, a mediano o largo plazo, admite el arrepentimiento. Luego de que votas no hay vuelta atrás. Rellenas el óvalo, ese pariente geométrico del punto y final. Luego de que falleces no hay regreso posible. Es el fin. Callamos para siempre. Y punto.



GUILLERMO SUCRE / ©VASCO SZINETAR

Camila Pulgar Machado

Imagina

En una clase, el profesor Guillermo Sucre me dijo: “Y tú, Camila, expones ‘Herodías’ de Mallarmé”. Era en su curso de *Simbolismo, y modernismo hispanoamericano*. Claro que no sabía de este poema. Era muy joven aún. Pero sí tenía ya los dos tomos de Mallarmé de la editorial Hiperión. Cuando llegué a casa abrí el poema y en mis primeros intentos de leerlo, lo hacía con lágrimas al imaginarme en semejante reto.

Guillermo Sucre atendía a sus estudiantes y me pareció mucho más difícil exponer “Herodías” que ir a buscarlo para conversar en un banco de la Facultad. Allí nos sentamos. Le dije:

—Me cuesta entender qué pasa en el poema (en la Obertura). Creo que se debe a lo que indica el traductor Silva-Santisteban en su prólogo: una sintaxis rebuscada.

—De ninguna manera, Camila. Lo contrario. Si algo distinguí

a Mallarmé fue el refinamiento de su sintaxis y la conciencia acerca de esta.

Quedé profundamente intrigada. Por supuesto que no rebatí. Entonces, tiernamente él me dijo:

—Lee el poema e imagina. Imagina.

Con certeza, no sabía si bromeaba. Pero no me quedó otra palabra de la conversación que “imagina”.

Cuando me senté a trabajar el poema, imaginé. Literalmente. Leía: “Abolida”, es la primera palabra. Así que me sentí “abolida”. “Y su ala horrorosa, abolida”, “copiando las alarmas de oro desnudo”, “hiriendo espacios carmesí, una aurora”...

Accedí entonces al rigor de los diccionarios, y cada palabra me llevaba a un despliegue de connotaciones que se fueron zuriendo en un manto áureo cuya irradiación es la del símbolo de lo naciente, pero con una antigüedad henchida de sentido. Allí “un cisne” se convirtió en el amanecer; una esfera ilustre dada su hiriente blancura. Es decir, de la pluma, a una suerte de nieve dorada-carmesí, y de allí a una página que yo misma palparía, después, y casi *digitalmente*, en *Una jugada de dados*.

Como lectora, irrumpí en el reino de la poesía, concibiéndola como una floración que debemos desenvolver con nuestros ojos asustados, inquisitivos, y aptos a imaginar mientras se da el hundimiento que exige la palabra cabal.

afinado en lobo mayor sostenido. Luego de unas elecciones pospuestas, un *plot twist* con fenómeno natural incluido calificaba de *deux ex machina*. Inverosímil, sí. Pero bajo la lógica ucevista, completamente probable. Más que elecciones, todo fue un acto de plegaria. Con temor apocalíptico, se pensaba tácitamente que, de no efectuarse estas elecciones, algo terrible iba a pasar. Acaso el inevitable fin.

De la Sala Electoral, los miembros de mesa pasamos a un aula inmensa y extremadamente calurosa en Arquitectura. Las máquinas que contaban los votos recordaban al *set* de una película con estética *steampunk*. El mecanismo raquítico, la lentitud espantosa, demoró el proceso automatizado de conteo.

III

Al profe Infante y a mí nos tocó atender a ciento cuarenta y tres jubilados. Un reencuentro con el pasado de esta ciudad universitaria.

Nos tocó la mesa más concurrida, dije. Fuimos los que más trabajamos, sin duda, dijo Ángel; pero también los que más conversamos, añadió. Tuvimos la oportunidad de hablar con ellos.

Están allí, estuvieron allí. Fueron a votar, dijo Ángel Gustavo, y fuimos testigos de eso.

Insistimos en lo que creemos que es correcto, dije, cumplimos, entre burocracia y papeles, dos cosas que usualmente me irritan, pero hoy no me afectaron. De alguna manera reconstruimos un presente demolido, un alfabeto en ruinas.

A cierta hora de la madrugada cambiamos el desamparo de los cuarenta grados centígrados de aquel salón de Arquitectura por la intemperie de Tierra de Nadie. Nos reunimos para marcharnos junto con otros compañeros de trabajo. La realidad tenía un aire a esas paredes y muros de la universidad a las que se le han ido desprendiendo los azulejos con la naturalidad con que un árbol pierde sus hojas con cada cambio de estación.

Al día siguiente, asistimos al velorio de la profesora.

Momento áspero y triste.

Infante y yo nos ausentamos de la funeraria y en un local de la esquina compartimos una cerveza. Reanudamos la conversación de la madrugada.

Primera y última vez que participamos en esto, y eso que estoy a poco de jubilarme, dijo Ángel. A mí no me gusta la política.

A mí menos. Debut y despedida, dije.

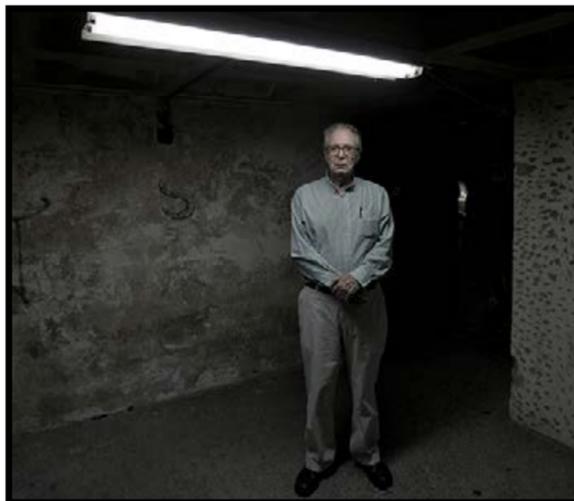
Fue nuestra manera de tomar posición frente al caos, dijo.

Y lo supimos bandear, dije.

Hablamos sobre futuras lecturas y escrituras. A nuestro estilo, rendimos homenaje. Se trató de nuestro primer trago de cerveza en mucho tiempo. Delerm se sentiría orgulloso de nosotros luego de sortear estas insólitas situaciones con dosis curtidas de amargura. Solo las conversaciones nos mantuvieron de pie. Catorce horas. O catorce años, como en mi caso, en la universidad.

Recordé un monólogo de un *western* que vi hace años en Cuenca: “El coraje no es un hombre con un arma, es saber que estás en desventaja antes de empezar. Uno es valiente cuando, sabiendo que la batalla está perdida, lo intenta a pesar de todo y lucha hasta el final. Uno rara vez vence, pero a veces vence”. Y al menos ayer vencimos las sombras, dije.

El *decir* es un voto por nuestra existencia. La política, diría Roberto Bolaño, “es el arte del diálogo y de la tolerancia”. Y conversar, en cambio, es la resistencia contra la muerte. Nos define como humanos. Conversaciones que permanecen en la memoria, comueven la existencia, y la insistencia por mejorar las cosas. Desde luego, la vida. Las palabras que mitigan la sombra que siempre amenaza acallarnos.



ELÍAS PINO ITURRIETA / ©VASCO SZINETAR

Hay quienes no solo tienen contacto directo con la burocracia, la administran. Eso puede conducir al más cruel de los aburrimientos o a enloquecer. Aquel día me tocó ser burócrata y conversar, aunque brevemente, con los jubilados. Esto deshizo cualquier asomo de aburrimiento y mantuve a raya la locura.

¡Buenos días, profe!, buenos días.

Saludamos y conversamos afectuosamente con José Balza, Alfredo Chacón, Marcelino Bisbal, Elías Pino, Iván Feo, a quienes conocía de trato, por las redes sociales o simplemente había leído...

¡Buenos días!, su nombre... Conocí a Roberto Ruiz, Josefina Bernal, y otras instituciones vivientes...

Por favor, profe Margarita Duque, su cédula, ahora le hago entrega de estas dos planillas.

Rellene, profesora Safar, los óvalos correspondientes a los candidatos de su preferencia.

Una vez elegidos, estimada Gloria Cuenca, regrese, deslice, sin doblar, las planillas. Finalmente firmará el cuaderno de actas.

Mira, allá viene Arlette Machado, dijo Infante; ah, la del libro sobre Meneses, claro, dije...

Memoricé las instrucciones sobre la marcha. Y entretejé este caletre retórico como un incómodo signo de puntuación en las conversaciones.

IIIb

A eso de las tres de la tarde se escucharon gritos de auxilio. Los rescatistas se apersonaron de inmediato. Minutos después, la noticia: una joven profesora de Educación había fallecido por un infarto.

Los ucevistas están entrenados en el arte de la espera. La mínima ilusión de progreso encontrará siempre un contratiempo. Así son las cosas por estos pasillos. Cuando se dio la orden de cerrar las puertas de la Facultad aún nos quedaban muchas horas por delante.

Un aguacero puso a prueba el endeble sistema eléctrico y aportó el suficiente grado de dramatismo para callar a todos. Se tensó el arco voltaico y la luz cedió por fracciones de segundos ante una densa oscuridad. La escena parecía adentrarnos hacia el vientre de un verso de Gerbasi. Callamos. Nadie se atrevió a continuar el hilo de sus conversaciones, como si las palabras estuvieran conectadas a la planta eléctrica. Solo se escuchó el aullido de los perros, un bramido